

EL COJO ILUSTRADO

AÑO III

1º DE JULIO DE 1894

Nº 61

PRECIO

SUSCRICIÓN MENSUAL B. 4
UN NUMERO SUELTO B. 2

EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA
DIRECTOR: MANUEL R. ENGA

EDICIÓN BIMENSUAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA



GRUPO DE MIEMBROS DE LA SOCIEDAD «ALIANZA FILANTRÓPICA»

LA RIQUEZA

El rico y el pobre se encuentran: el creador de los dos es el Eterno.
(Proverbios de SALOMON.)

Con frecuencia, la ambición toma la forma de amor al dinero. Hay muchas personas que jamás se han ejercitado en el arte, la música, la poesía ó la ciencia, pero casi todo el mundo hace alguna cosa para ganarse la vida; por consiguiente, tratar de aumentar las rentas no sólo es una cosa licita, sino que produce el grato sentimiento de un triunfo conseguido.

A menudo se ha puesto en duda si la riqueza constituye una ventaja. Yo mismo, no creo que quienes han nacido con una cuchara de plata en la boca, como suele decirse, sean por eso necesariamente más felices. Ciento es que la riqueza impone más trabajo que la pobreza, y en todo caso más cuidados; pero sin embargo, hay que confessar que la posesión de una renta, sea cual fuere, que vaya en aumento con los

años, contribuye al bienestar de la vida. Por supuesto, entendiéndose que seáis dueños de vuestro dinero, y no el dinero dueño de vosotros.

La posesión de la riqueza no está ciertamente libre de quebrantos. El dinero y el amor al dinero suelen ir juntos con frecuencia. El hombre pobre, como dice Emerson, es el que desea llegar á ser rico, y cuanto más posee arde en mayores deseos de poseer más todavía. Así como el beber aumenta la sed, el deseo insaciable de riquezas crece á menudo con la fortuna.

Naturalmente, esto sucede más que nunca cuando se busca el dinero por el dinero mismo. Por lo demás, muchas veces es más fácil ganar dinero que conservarlo y gozar de él. Nada hay tan aburrido, tan angustioso y tan penoso como tener que guardar dinero. El temor á perderlo puede cernirse como una negra nube sobre la vida entera. Nos refiere Séneca que Apicio, después de haberse comido la mayor parte de su patrimonio, se suicidó de miedo á morirse de hambre, aunque aún le quedaba por valor de millón y medio de pesetas.

Es cierto que la fortuna no es una sinecura.

Además, el valor del dinero depende en parte del uso que de él se hace y de la manera como se ha adquirido. "Tus amigos te dicen: gana dinero, á fin de que nosotros tengamos también nuestra parte. Si puedo ganar dinero y continuar siendo modesto, fiel y generoso, manifestad qué es preciso hacer y lo ganaré; pero, si me pedís que pierda cosas honradas y que me pertenezcan en propiedad, para que vosotros podáis adquirir las que son deshonrosas, ved cuán poco equitativo y cuerdo á la vez es eso. ¿Qué preferirías, tener dinero ó un amigo fiel y modesto?"

"Nada impide á un hombre que haya comprendido con claridad estas cosas, aceptarlas con ligereza y someterse sin pena al yugo, esperando tranquilo los sucesos y aceptando el hecho consumado. ¿Deseáis que yo soporte la pobreza? Venid y sabréis lo que ésta es para aquel que sabe representar bien el papel de hombre pobre." —[Epicteto].

Acordémonos siempre de aquella respuesta de Solón á Creso: "Señor, si se presenta alguien

con más hierro que tú, se hará dueño de todo este oro."

Midas es otro ejemplo del caso de que se trata. En sus oraciones pidió que todo cuanto tocara se trocara en oro. Su plegaria fue atendida: el vino se le transformaba en oro, así como el pan, los vestidos y hasta el propio lecho.

"Asombrado de esa extraña desventura, rico y miserable á la vez, desea despajarse de sus riquezas y maldice lo que había solicitado." —[Ovidio].

Con seguridad, que no es el único hombre para quien el oro haya sido una maldición.

Hablando con franqueza, á mi parecer, la opulencia no es por necesidad una ventaja; pero puede llegar á tenerla, según el uso que de ella se haga. Lo mismo acontece con casi todos los dones y privilegios de la vida. La instrucción, la belleza, la habilidad pueden convertirse en un trampantojo; descuidarlas ó hacer mal uso de ellas sería para nosotros peor que no haberlas poseído nunca. La opulencia sólo es una desventaja en manos de quienes no saben valerse de ella. Pone á nuestra disposición otro gran número de privilegios: el vagar, el poder ayudar á los demás, los libros, las obras de arte, las ocasiones y los medios de viajar.

Por lo demás, fácil sería exagerar las ventajas del dinero. De cierto, merece que se apetezca su posesión y que se trabaje para obtenerla; pero no indemniza los sacrificios demasiado considerables, tales como á menudo se suelen hacer por él.

Un sabio proverbio nos dice que puede ser comprado el oro á demasiada costa. Si la fortuna sólo debe estimarse por los goces que nos permite, es evidente que sería un error sacrificar esos goces por perseguir la riqueza. El dinero es también para el hombre una causa de empobrecimiento intelectual. Pero, por otra parte, ¿cuál es el dón que carece de riesgos?

Eurípides dice que el dinero proporciona amigos, que es un gran poder [hasta dice que el más grande] en el mundo, y añade con tono irónico: "Sí, en verdad; un hombre rico es poderoso, sobre todo si su heredero es desconocido."

Bossuet nos asegura "que no es de ningún modo apegado á las riquezas; pero que, sin embargo, si no tuviese para vivir más que lo extíctamente necesario, se sentiría molesto y perdería la mitad de su talento."

Nada tenía Shelley de ávido, y, no obstante, dice: "Deseo el dinero porque sé emplearlo. Facilita el trabajo y da descanso; conceder descanso á quienes lo emplearán en la disquisición de lo verdadero, ¿no es el más noble presente que puede hacerse á los humanos?"

Muchos comprenderán el sentimiento de Pepys, el cual lo expresa de una manera á la vez tan conmovedora y original: "Hoy he salido por vez primera con mi mujer en mi coche propio; mi corazón se ha regocijado, he dado gracias á Dios por ello, y le he rogado que bendiga para mí esta adquisición y me la conserve."

Este género de satisfacción es un poco egoísta. El negociante, sin embargo, no tiene que avergonzarse de su profesión, con tal de que sea fiel á aquella inscripción grabada en la iglesia de *Santo Giacomo de Rialto*, en Venecia: "Alrededor de este templo, que el comerciante sea equitativo en su conducta, honrado en el comprar y en el vender, fiel á sus compromisos." Pero si el fin único de vuestra vida ha sido amontonar dinero por amor al dinero, todo goce se hace imposible por eso mismo, porque el soplo glacial de la pobreza os habrá calado hasta la médula.

Nuestra palabra inglesa *miser* [avaro] está muy bien elegida de seguro para tales personas, porque son esencialmente miserables.

"Un coleccionista visita á todos los traficantes en cuadros para encontrar un paisaje de Poussin, un boceto al pastel de Salvator; mientras que la *Trasfiguración*, el *Juicio final*, la *Comunión de San Jerónimo* y otros cuadros tan maravillo-

sos como éstos penden en los muros del Vaticano, de los Uffizi ó del Louvre, donde el primero que llega puede contemplarlos. ¿No nos ofrece á cada paso la naturaleza cuadros? ¿No vemos todos los días salidas y puestas de sol, sin hablar de la estructura del cuerpo humano, que siempre es posible admirar? Recientemente, un coleccionista compró en una subasta en Londres un autógrafo de Shakespeare por ciento sesenta y siete guineas, al paso que un colegial puede leer *Hamlet* y descubrir en él tesoros hasta entonces ocultos." —[Emerson.] Y sin embargo, "¿qué otro provecho puede sacar de su bien el que lo posee, sino el verlo por sus propios ojos?" —[Salomón.]

En realidad, somos más ricos de lo que creemos. A menudo oímos hablar del ansia de poseer. Se envidia á los grandes propietarios y se considera como una felicidad el poseer vastos terrenos. Pero, con suma frecuencia, como dice Emerson, "si poseéis la tierra, la tierra os posee. Además, en un sentido más elevado, ¿no tenemos millares de acres de terrenos que nos pertenecen en propiedad? Los bienes comunales, los caminos, los senderos y las orillas del mar, la inmensa extensión de nuestras costas de tan variado aspecto, todo eso ¿no es nuestro? Las orillas del mar tienen además grandes ventajas: rara vez están afeadas por el hombre, y nos revela de una manera muy instructiva las fuerzas de la naturaleza. Todos somos grandes propietarios sin saberlo. Lo que nos falta no es tierra, sino la facultad de disfrutarla. Esta inmensa herencia tiene también la ventaja de no imponer ningún trabajo, de no reclamar gestión alguna. El propietario tiene cuidados, pero el paisaje pertenece á la primera persona que tenga ojos para mirarlo. Así, Kingsley llamaba á los matorrales de los alrededores de Eversley "mi jardín de invierno," y no porque legalmente fueran suyos, sino en un sentido ideal, en virtud del que diez mil personas pueden poseer una misma cosa.

JOHN LUBBOK.

EL ASESINO DESNUDO

He hecho la campaña sin consultar á nadie.

BONAPARTE.

Cuando Pedro Lurier salió de presidio, se encontró sin trabajo y sin pan.

A la edad de veinticinco años había sido condenado por robo con fractura en una casa donde acababa de entrar como ayuda de cámara. En presidio había aprendido á hacer herretes para cordones de zapatos. Pues bien, en la pequeña población de provincia donde la vigilancia de la policía le obligaba á residir, le era imposible en absoluto utilizar ese oficio enteramente especial. Además, no había que pensar en volver á colocarse en el servicio doméstico. Por consiguiente, los horizontes de Pedro Lurier eran la miseria y el hambre.

Reflexionó que con trabajar largo tiempo y mucho, si por acaso encontraba en qué, nada más conseguiría, sino reventar como un perro. Por el contrario, dijo para su colecto que, cometiendo un nuevo delito, podría ganar de golpe y porraco, no sólo un mendrugo de pan sino quizás riquezas. No vaciló; tomó el segundo partido.

¿Qué delito cometer? Tal era el asunto. Lo primero era huir de la vista de la justicia. Pedro Lurier abandonó el pueblo donde estaba recluido.

Indocumentado y sin dinero, llevó por espacio de seis meses la dura y misera vida de vagabundo, siempre adelante, mendigando de tapadillo, durmiendo en despoblado ó en los hórreos, flaco, macilento, andrajoso, en espera de ocasiones y rechazándolas cuando no se le presentaban bastante seguras ó buenas, dando vueltas en torno de la sociedad como un zorro alrededor de una granja, decidido á aguantarlo todo hasta el instante propicio en que se indemnizaría de su ayuno, devorando la presa que de continuo esperaba.

Un día advirtió que estaba en Champagne, su país. Habsfale arrastrado hasta su tierra no sé qué fatalidad, sin duda ese instinto bestial que conduce al bosque donde se guarecen los animales perseguidos.

Al pronto, le entró miedo. ¡Iban á conocerle! ¡Se metía en un avispero! ¡Estaba perdido! Diéronle ganas de volverse atrás.

La reflexión le hizo quedarse. ¿Cómo habían de reconocerle? Abandonó la comarca siendo un sombrío y rubio muchacho de doce años. Reaparecía en ella á los cuarenta de edad, con el rostro bronzeado, larga barba, hundidas las mejillas y grises los cabellos.

Luego hizo un raciocinio muy exacto. En todos los lugares por donde pasó, cuántas ocasiones perdidas por ignorancia, por no conocer las localidades ni las personas! Aquí, por el contrario, á pesar de las mudanzas acaecidas durante su ausencia, era sabedor de muchas cosas, lo cual era como hallarse con otras tantas armas. Basta con recordar bien.

Y Pedro Lurier recordó.

A unas diez leguas del sitio donde estaba, había en otro tiempo, en un pueblecillo que se llama Nizy-le-Comte, un matrimonio muy rico y sin hijos, los cónyuges Berlot, apodados en el villorio los *Cuentacuartos*.

Pedro los había tratado mucho. Por los tiempos en que era un granujilla de aldea, desempeñaba entre ellos las funciones de un sirviente doméstico barato.

Estaba enterado de todas las costumbres, y de las entradas y salidas de la casa.

Sabía que la puerta grande, que daba al camino, era alta y con sólidos herrajes, y que las bardas de las tapias del jardín de atrás estaban erizadas de viñeros rotos; pero también sabía que los árboles del fondo habían debido de crecer, y que subiéndose á ellos desde el exterior era posible penetrar en el jardín. Sabía que desde éste no se entraba de noche en la cocina, herméticamente cerrada todos los días al anochecer; pero también sabía que el lavadero sólo estaba separado del exterior por un tenue tabique de ladrillo. Esta pared era fácil de echar abajo, y una vez dentro del lavadero establecía en la cocina. De allí se pasaba al salón, donde bajo el fanal del reloj, estaba la doble llave de la escalera. En lo alto de la escalera, el cuarto de desahogo, adonde antaño iba á alinear las escobas; y junto á ese cuarto, el dormitorio de los Berlot. Allí, ya no recordaba bien. Nunca había penetrado en esa estancia, habiéndola entrevisto nada más por la puerta entornada. Recordaba vagamente que la cama estaba al fondo, junto á un grande y sólido armario de roble viejo con goznes de cobre. En él dormía el gato tanto tiempo engordado por los *Cuentacuartos*, y tan ardientemente codiciado á la sazón por Pedro Lurier.

Porque al primer recuerdo que le vino á la memoria decidióse su propósito. Al fin había encontrado la ocasión esperada con tanta paciencia. Era preciso ir allá sin dejarse ver, observar si no había cambiado nada, tomar todas las precauciones requeridas como prudentes, y obrar con la mayor audacia.

En dos noches anduvo las diez leguas que le separaban de Nizy-le-Comte. Pasó un día entero oculto en un bosque, en el fondo de una cueva húmeda, con los pies en el agua, sin comer. Pero



á lo menos, cuando hacia las dos de la madrugada llegó á la casa de los Berlot, estaba muy seguro de que nadie le había encontrado en el camino.

En la calleja que bordeaba la parte de atrás del jardín, tuvo la suerte de dar con un plantío de zanahorias, donde tomó un pequeño refrigerio.

Ligeramente lastrado de esta suerte, pero sostenido por la fiebre de triunfar en su propósito, escaló la tapia que daba frente á la fachada de detrás de la casa de los Berlot. Una vez en el borde se irguió de pie, sin pensar en que podía perder el equilibrio, y encogiéndose, de un salto prodigioso, fue á caer al otro lado de la calleja á un árbol del jardín.

El ruido de su caída en las ramas despertó á un perro de la vecindad, el cual comenzó á ladrar. Durante algunos minutos hubo un concierto de aullidos que se contestaban, pero cesó poco á poco. Oyóse aún la postrera nota lejana de un perro de pastor, vigilante allá abajo en los campos. Quedóse todo tranquilo. Pedro Lurier se palpó los miembros, vió que nada se había roto, y se puso á meditar.

Ya era mucho eso de estar dentro del jardín; pero aún no era nada. En efecto, Pedro Lurier había metido allí á la ventura, impulsado por su irresistible deseo de acabar con su mala fortuna; pero ni siquiera sabía si los Berlot vivían aún y habitaban en la casa. ¡No importa! Habíase puesto en el callete que era preciso ir allá, que hubiera sido imprudente tomar informes, y que, en último extremo, todo sería pasar un día en la copa de un árbol. Si los propietarios eran nuevos, volvería á marcharse la noche siguiente. Si estaban allí los Berlot, bien valía su dinero tomarse la pena para apoderarse de él.

Mientras aguardaba á que amaneciera, bajó á buscar qué comer. No temía encontrar perro alguno, pues en el concierto de poco antes no había oido ningún ladrido por la parte de la casa. Encaminóse, pues, resuelto hacia el corral.

Hallábase éste lo mismo que siempre, con la pocilga de los cerdos á la izquierda y el establo á la derecha. En el establo encontró una sola vaca, la cual se levantó al pronto como asustada cuando él se acercó, pero á quien calmó en seguida, hablándola y dándola golpecitos en la grupa. Al cabo de algunos momentos la creyó lo suficiente familiarizada para no temer cogerla la ubre, y mamó leche caliente que le dió gran conhorte.



En la gamella donde comían los cerdos palpó á tientas, y se puso muy alegre al encontrar grandes mordazgos de pan de salvado, con los cuales llenóse los bolsillos sin hacer ascos. Eran los platos fuertes de sus comidas del día inmediato. También cogió alguna fruta en el jardín, pero con discreción, para no revelar que alguien había entrado. Hechos todos estos preparativos, dejó para la noche siguiente lo que se refería más en particular al crimen, y buscó un lecho donde descansar hasta el día.

Vió un olmo desmedidamente grueso y nudoso, y subióse en él. Hacia la mitad del árbol, poco más ó menos, el rayo había hecho sin duda en el torcido tronco una quedad, y formaba lo que en el país llaman un *vano*. Pedro Lurier se acostó allí, donde se estaba como en una litera dura,

corta y profunda. Lo principal es que se podía dormir sin ser visto y sin temor á caerse.

Pedro Lurier, desfallecido de fatiga, durmió la víspera de su delito ni más ni menos que Napoleón la víspera de Austerlitz.

El sol doraba las telarañas tendidas entre las ramas de los perales, y el rocío habíase secado sobre las hortalizas cuando se despertó.

Lo primero que vió á través de las hojas de su olmo fue al mismo tío Berlot, asanoso en los quehaceres del corral. El corazón de Pedro palpitó de alegría.

St; allí estaba el viejo yendo y yiniendo con un cesto en la mano, echando grano á las aves. Hacía *piú, piú, piú*, y las gallinas se empujaron y derribaban, batiendo alas y con las plumas caídas, para atragantarse de avena. En seguida se fue á la cocina en busca de un cubo lleno de agua grasa, donde sobrenadaban zoquetes de pan y mondaduras de patatas, y echó la pitanza á los cerdos, que hozaban con la gata en la artesa.

Esto hizo pensar á Pedro Lurier en que tenía hambre. Sacó de los bolsillos el pan de salvado y la fruta, y almorzó con silencio, pensando en que todo se arreglaría á medida de su deseo.

En efecto; puesto que el tío Berlot cuidaba por sí mismo del corral, eso era prueba de que no tenía criado, de que estaba solo en la casa. A lo sumo, estaría con él la señora Berlot.

Hasta cosa de las once estuvo el viejo en el corral y en la huerta, removiendo, cayando, po dando, tráganido.

Hubo un momento en que Pedro Lurier tuvo miedo. Al pasar junto á un peral, Berlot miró con atención sus frutos, y notó que faltaban dos. Maquinalmente dirigió la vista á las tapias del jardín y á los árboles del fondo. Parecía conveniente de que había entrado en su casa un ladrón. Pero al ver tan puntiagudos los cascotes de botella de los bardales tranquilizóse sin duda, porque se encogió de hombros con ademán de decir: "Es imposible."

Sin embargo, eso le preocupaba á ojos vistas, y quiso saber á qué atenerse.

—¡Pedro! —gritó de repente.

Pedro Lurier se estremeció al oír este nombre, como si le llamasen á él, y se metió más adentro en el *vano*.

Al llamamiento de Berlot, abrióse la puerta de la cocina, y salió un niño de diez á doce años, sonrosado y rubio.

Pedro Lurier tembló más fuerte aún; parecía que él mismo era quien salía de la cocina, idéntico aldeanillo como lo fue en sus tiempos. Un segundo de reflexión le hizo olvidar tal fantasmagoria y comprender la realidad.

—¡Pedro! —dijo Berlot. —¡Otra vez me has vuelto á robar peras!

—¡Oh, no señor! —respondió el chicuelo. —Le juro á U. que no. ¿Cómo quiere U. que haga para robarle peras? Acabo de volver del campo de pastar á la vaca, y U. mismo es quien esta mañana me abrió la puerta de la cocina para ir al establo, y la puerta grande para ir al campo.

—Eres un briboncuelo. ¿Quién me dice que no has venido de noche al jardín?

—¡Oh, señor! ¿Es posible eso estando todo cerrado por la noche en la casa?

—¡Ta, ta, ta! Pruébame que no me has robado.

—¡Oh, señor, le juro que yo no he sido! Mire U. la prueba!

Entróle entonces á Pedro Lurier un miedo cerval, imaginándose que el chico había visto alguna cosa. Pero no; la prueba que quería dar era tan sólo el juramento solemne que usan los niños, y que consiste en hacer la señal de la cruz, y después levantar la mano derecha escupiendo al suelo.

Comovido sin duda Berlot por este juramento, se contentó con tirar de la oreja á Pedro al volverse con él casa. Dieron las doce del día.

El sonido cascado de la campana de la aldea era el único rumor que turbaba aquella hora silenciosa. Apenas una ó dos gallinas picoteaban aún acá y acállá en el estercolero, junto al establo. Los cerdos hacía mucho rato que habían vaciado su gamella, y habíanse retirado á dormir en el fondo de la pocilga. Los gorriones se habían marchado después de dar algunos picotazos á la fruta, á pesar del gran sombrero de paja puesto en un peral con objeto de servirles de espantajo, volando á los campos, donde hacen sus *razzias* por la tarde. Lo mismo habían hecho los labriegos, quienes volvieron á sus faenas después de comer. Nada se movía en el villorío. Oíase tan sólo en la campiña un vago rumor de zumbidos, cual si la tierra suspirase al dormir bajo la luz del sol.

Pedro Lurier sintió subir entonces hasta él no

sé qué sosiego y apetito de dulcedumbre. Le pareció que era muy bueno poder vivir en aquella tranquilidad. Pensó que las gallinas eran muy felices y que los pájaros debían estar contentos. Dijo que la existencia de Pedrín era encantadora, á pesar de los regaños del tío Berlot. Verdad es que le daba algunos tirones de orejas; pero comía, bebia, dormía, iba á pasearse por los prados y los bosques, sin temor y sin mirar detrás para ver si le perseguía algún tricornio. ¿Y el tío Berlot? Era rico; tenía casa propia, gallinas, cerdos, peras. ¡Qué hombre tan feliz!

Y por qué él, Pedro Lurier, no tenía también su parte de felicidad? ¡Ah! ¡Por qué? No tenía más que haberse quedado allí en el campo, como su padre. ¡Pero, era culpa suya si había partido? Un mala pieza le había dicho que en la ciudad se hace fortuna. Y, en efecto, hubiera podido adquirir esa fortuna. ¡Quizá! ¡Quién sabe! Buenas ocasiones no le faltaron. Un patrón le tuvo cariño desde su llegada. Pero había allí otra mala persona predicando la pereza y los placeres. Uno, dos, varios años, el tiempo precioso de la juventud, había trascurrido miserabilmente sin hacer nada, viviendo al día. Luego, una mañana, harto de lucha y lleno de remordimiento, queriendo al cabo trabajar y sin saber nada, hizose de nuevo sirviente doméstico. Aún podía ganarse así la vida; pero se había agriado, rebosando descos y duelos. Había conservado malos conocimientos, una querida que era una bribona, un amigo que era un ratero. Dió oídos al amigo para satisfacer las exigencias de la ganfora. Y á fin de cuentas, despertóse el día menos pensado entre dos agentes de policía: era ladrón. Encasillado y condenado, pasó quince años en presidio, y ahora . . .

¡Ah! Ahora era un miserable, un vagabundo, carne de cárceles; y á la noche sería asesino; y mañana tal vez le detuviieran de nuevo; y entonces, bien pronto sería procesado de nuevo, y esta vez condenado á muerte. ¡A muerte! Cortada la cabeza!

Pedro Lurier, con los ojos fijos, no veía el jardín, ni el corral, ni la casa, sino una plaza llena de gente y una guillotina en el agujero de la cual hacía muecas.

Dió un gran grito, y ese grito le volvió á la realidad.

—¡Caramba, estoy loco! —dijo para su capote. —Pues no estoy ahora despierto y me pongo á gritar desgañitándome? ¡Vaya una ocurrencia! ¡Si llega á estar por ahí el tío Berlot, me arde el pelo!

Para cambiar el curso de sus ideas, trajo violentamente á la memoria el recuerdo del patio del presidio, donde charlaba con los camaradas. Las conversaciones eran acerca de robos hábilmente hechos, asesinatos cuyos autores no habían sido descubiertos nunca.

—Mirad, muchachos —decía á menudo un zorro viejo, con varias condenas; —no hay que propasarse á mayores sino habiendo seguridad de escapar con bien. Bueno lo de *nicabar*: si le pescan á uno, sale con *estáribel*, como yo, y en paz. ¡Pero mulabar, un demonio! Sólo conocí uno con *buenos bastes*, y era el zanquilargo que murió dos años ha, *Chapán-de-zinc*. Ese encontró el medio de *dar mulé* á siete personas, y nunca le echaron la mano encima. Sólo que tenía su sistema. Decía que para salir bien se necesitan tres cosas: estar en tierra donde no sus *conzgan*, *trabajá* solo y quedarse en cueros para *dejar seco*. *Trabajando* solo y en país extraño, no son de temer los *chineles* ni los *soplores*: haciendo la *faena* en cueros, no se dejan piezas de convicción para el *tibán*, y no se sacan *manchas* en la ropa.

Estos consejos resonaban como un clarín de batalla dentro de la cabeza de Pedro Lurier. Era desconocido y estaba solo; se pondría á ello desnudo. Con que tenía que salir bien.

Llegó el atardecer, las gentes regresaban á sus casas. Oyéronse algunos pasos por la calleja. Múgian los bueyes, de vuelta para la aldea; ladran los perros. Todo el mundo se disponía á cenar antes de irse á dormir.

Berlot volvió á salir de la cocina y fue á abrir la puerta trasera. Pedrín traía la vaca, para meterla en el establo.

—Anda, mocoso, date prisa —dijo el viejo al muchacho. —Ahora tienes que subir allá, para cambiar de ventana á la tía Berlot. El polvo va á venir por la fachada delantera; ponla un poco hacia aquí.

Subió el chico, y unos minutos después abrióse una ventana del primer piso, que daba al corral. Empujó un gran sillón hacia el hueco, y apareció la señora Berlot. Estaba inmóvil, rígida, y Pedro Lurier notó que en su cara sólo parecían vivir aún los ojos.

—¡Bueno! —pensó. —La vieja está paralítica. Eso será más cómodo.

Una sola cosa le inquietaba: el niño. ¿En qué parte de la casa dormía Pedrín? Habría que pasar junto a él para subir allá arriba?

—¡A fe mía, tanto peor para él! Habrá que quitar estorbos del camino.

Comenzó a oscurecer. Extendióse poco a poco la noche sobre la casa, el corral y el jardín. Bien pronto, Pedro Lurier ya no distinguía nada desde lo alto de su árbol. Únicamente por entre las ramas brillaban las estrellas.

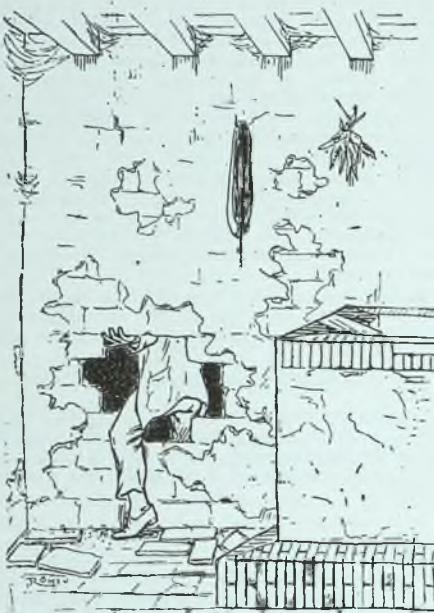
—Las nueve! Una luz iluminó de rojo una de las ventanas del piso primero. Sin duda, el viejo Berlot estaba contando el dinero como todas las noches: Apagóse la luz, al cabo de media hora larga. Había muchos escudos en el *gato*.

—Las diez! ¡Qué largo es el esperar! Por la noche son muy grandes las horas.

—Las once! Todo dormía a lo lejos.

Había llegado el momento. Pedro Lurier bajó del árbol.

Cuando llegó al lavadero, se puso a palpar el muro, hasta que encontró entre dos ladrillos un intersticio por donde meter la hoja de la navaja. Le costó largo tiempo descalzar el primer ladrillo. Pero una vez hecho este agujero, agrandóse con facilidad la abertura. Fue quitando uno por



uno los ladrillos y poniéndolos en el suelo sin meter ruido. Por fin pudo hallar pasó el cuerpo de Pedro Lurier.

Se quedó inmóvil un buen rato, acostumbrando los ojos a la oscuridad. Cuando comenzó a distinguir un poco los bultos, vió que sus recuerdos no le habían engañado. En frente de él estaba la puerta de pestillo que daba a la cocina.

Pero antes de penetrar allá era menester tomar sus precauciones; es decir, quedarse en cueros, preparar una linterna, encontrar un arma. La navaja que le había servido para horadar el tabique no era bastante larga y fuerte para degollar a un hombre. El asesino registró a tientas en torno suyo en los canastillos de instrumentos hacinados en la estancia, y eligió un zapapico corto, de mango fuerte, de hierro pesado y puntiagudo. A lo largo de la pared colgaban dos faroles, uno de carruaje y otro de cuadra. El primero hizo al caso; en primer lugar, porque era más pequeño, y, además, porque estaba provisto de un reflector que lo convertía en una especie de linterna sorda. Pedro metió en él el cable de vela que había quedado de la noche en el farol de cuadra. Encotraría cerillas en la cocina; por supuesto, no quería encender sino en el cuarto de arriba, con objeto de ver claro para herir y buscar el dinero. Estando ya todo dispuesto, Pedro Lurier se desnudó, hizo un lio pequeño con su ropa, se ató a los hombres este petate con un trozo de soga, y se detuvo un instante a meditar, a fin de asegurarse de que ya no le faltaba nada.

—¡Qué morral soy! —pensó de pronto—. Tengo liados los vestidos, estoy desnudo, luego no tengo bolsillos. ¡Anda, cacho de bruto! ¿Y dónde vas a meter el dinero de los Berlot? Debe de haber escudos, monedas de Luis Felipe de cinco francos; todo eso pesa y abulta. No voy a hacerme faltriqueras en el pellejo de los muslos.

De nuevo palpó las paredes, registró los canastos y sonriése en silencio de gusto al sacar de un



cajón lleno de avena un zurrón de lienzo, uno de esos talegos que se les cuelga del hocico a las caballerías para que tomen el pienso. En ese zurrón cabrá bien todo el *gato*. Colgáselo al cuello como si llevara unas alforjas, haciendo de bolsa trasera el petate de ropa, y de bolsa delantera el zurrón de lienzo.

Dieron las once y media.

Entonces, enteramente desnudo, con el farol apagado colgando del dedo meñique de la mano izquierda, el zapapico empuñado con vigor con la mano derecha, empujó suavemente con la rodilla la puerta del lavadero y penetró en la cocina.

Un ruido suave, regular, anunciable el sueño del muchacho. En efecto, allá estaba Pedrín, en una cama baja, con la colcha subida hasta las orejas, acostado como gatillo de fusil y durmiendo a pieña suelta.

Pedro Lurier se acercó a la cama, apretando con más fuerza el zapapico, que comenzó a enarbolarse.

—¡Bah! —se dijo de pronto—. Ronca tan fuerte! Por eso, no se despiertan los chicos. Cuando estaba yo en su puesto, rayos que hubiesen caído no me hubieran hecho chistar. Y luego, si no le atinase bien, vocearía y los viejos se pondrían en pie. ¡Pobre mocoso! ¡Qué felices son estos muchachos! —Y si, a pesar de todo, se despertara? Cuando esté allá arriba, acaso armará bronca. Basta de reflexiones. . . . ¡Ah, no, puf! Siempre tendré tiempo de sangrarle a la vuelta.

Cogió cerillas en la campana de la chimenea, pasó al salón, y dejó en el suelo el zapapico y el farol para levantar el fanal del reloj. ¡Qué gozo! Allí estaba la llave, como anaflo. En tres minutos estaría junto al *gato*.

La escalera crujía bajo sus pies descalzos.

—¡Cochina de madera! ¡Pues no se pone a chillar! Sin embargo, no piso tan fuerte.

Detúvose a escuchar si habían oido el ruido. ¡Nada! La casa siempre muda. Solamente abajo roncaba Pedrín.

Dos escalones, un escalón, y ya está la meseta, luego el cuarto de las escobas; y al cabo, heté aquí la puerta, detrás de la cual, están los Berlot.

—¡Buena es esta! —Me parece que tengo tiritera! Por supuesto, es cosa dura despachar al otro barrio dos personas. Si sólo durmiesen como el sapo, me contentaría con robarles. Sí, pero ¡ándate con melindres! habiendo que fracturar el armario; eso los sacará de tino. Los viejos tienen buen oido, y sólo duermen con un ojo. Vamos, no hay que enredarla. Habrá que hacer sudar el roble. ¡Animo! ¡Aúpa!

Encendió el farol y empujó la puerta.

Al rechinar los goznes y aún más con el súbito rayo de luz, el tío Berlot sentóse despavorido. Pedro tuvo tiempo de exhalar un "oh!" y cayó hacia atrás, con la cabeza rota. Muda, inmóvil, con los ojos abiertos de par en par, la paralítica miraba el espantoso suceso; al paso que el asesino, con golpes secos, sacaba el zapapico del agujereado cráneo. Uhal dos veces la herramienta, roja de sangre y blanca de sesos, salió de su vaina, enarbólóse formidable y se hincó con un

golpe sordo en el encañonado gorro de la pobre vieja.

Todo iba bien. No había más que registrar el armario.

Metió la navaja por la cerradura de cobre, y se abrió la puerta. Uno, dos, tres talegos y un taleguito. Palpándolos, nota la mano monedas de cinco francos en los tres primeros y *luises* en el otro. ¡Eso basta! Inútil revolver todo el armario. Hay que escapar con los cuatro sacos me-



tidos en el zurrón. ¡Alza! pesa mucho en el cuello. No hay que soltar el zapapico. ¡Si no durmiese el muchacho!

A la vez que pensaba y obraba a sacudidas, con frenesí, Pedro Lurier no había levantado la vista de los dos cadáveres. Sólo un instante medio volvió la cabeza para abrir el armario, y en ese momento, sintió un frío terrible en la espalda. Cuando se ha matado, hay el impulso instintivo de mirar el cadáver hasta que un objeto material lo oculta.

Pedro Lurier salió a reculones, dirigiendo siempre la luz del farol a la cama, con el zapapico en la mano. Así llegó hasta la puerta, que había vuelto a cerrarse por su propio peso tras de él. De pronto, volvió bruscamente hacia ella, para abrir la y huir, el farol, los ojos y el cuerpo.

Un hipó de horror se le agarró a la garganta; cerraronse de miedo los ojos. Delante de él había un hombre.



Sin esperar, sin reflexionar, sin mirar, y hasta sin ver que ese hombre estaba desnudo como él, con un farol en una mano, un zapapico en la otra y un saco al cuello, Pedro Lurier no tuvo más que una idea: matar á la aparición. Arrojó con violencia el arma; y en el mismo instante, no habiendo encontrado más que un espejo, arrastrado el cuerpo por su propio movimiento y doblada la cabeza con el peso del oro, se tambaleó y fue á dar de cara entre un estrépito de vidrio roto.

Despertándose con el ruido el muchacho, y creyendo que enfermo el tío Berlot, necesitaría de su auxilio, corrió con una vela en la mano. Mas al llegar al descansillo, cayó sin conocimiento.

Cuando al día siguiente, por la tarde, acudió la justicia para poner en claro el misterio de la casa Berlot, al subir la escalera, he aquí lo que encontraron:

La puerta, que en el interior de la habitación servía de recuadro á un gran espejo, había sido ampliamente agujereada; por ese boquete veíase la cama, cuyas almohadas formaban una masa roja donde se encajaban dos cabezas abiertas. Por ese boquete, había medio pasado también un hombre desnudo, cuya piel estaba rayada á cortaduras. Tenía un zapapico en la mano. Los pies estaban rígidos al aire, y el vientre encogido sobre el marco de madera de la puerta. Colgábale del cuello un gran saco. La arteria del cuello, desgarrada, había lanzado cinco ó seis chorros de sangre hasta el papel amarillo de la pared, y á la sazón estaba adherida al piso por un largo coágulo. En el rincón más oscuro de la estancia, hallábase agachado un niño, con los ojos enormes



y la cabellera despeñada. No respondió á las preguntas más que con una risa espantosa.

Pedrín estaba idiota.

—Siempre resulta castigado el vicio—dijo sentenciosamente el alcalde del pueblo, señalando al asesino.

Pero si Pedrín, que había subido en socorro de sus amos, hubiese podido hablar, hubiera dicho que no siempre es recompensada en esta vida la virtud.

JUAN RICHEPIN.



VICO

El teatro rebosaba de gente aquella noche. Había terminado el segundo acto de *Un drama nuevo*, y el público, de pie, dominado por indescriptible entusiasmo llamaba por sexta vez á Vico al palco escénico.

Vico, entre el clamor de las voces, y el resonar incesante de los aplausos, con las manos cruzadas sobre el pecho, se adelantó hasta la batería central, cuyos torrentes de luz le iluminaron de un golpe todo el rostro, y exclamó con voz trémula:

—¡Cuán buenos habéis sido siempre para mí y qué indulgentes sois ahora que tanto lo necesito!.....

El artista que jamás palideció por miedo se estuvo allí inmóvil, hasta que cesaron los vítores y aclamaciones; aclamaciones y vítores que se salían en oleadas por las ventanillas de los palcos y llegaban á la calle con todos sus estruendos de ovación; porque bien comprendía el público que aquellas sencillas y sentidísimas palabras que brotaron de sus labios como una estrofa triste de romántico vencido, eran las confesiones hermosas del genio que cede el puesto, donde lo alumbró siempre la gloria.

**

Cuando Vico quiere trabajar es único: todos los actores páliden delante de ese milagro del arte. Aquel aplomo con que pisa las tablas; aquél decir tan suave en las escenas de amor; aquellas sublimes asperezas que alcanzan lo maravilloso de la dicción; aquél accionar tan correcto en el don Julián del *Galeoto*, tan admirablemente de-

sordenado en *Yorik*; aquella fecunda creación del Fernando de *El Nudo Gordiano*, sostenido tanto tiempo por sobre todas las eminencias artísticas de España, es el presagio de un fin próximo; es la última luz del genio de Vico que se apaga. Despues que se ha llegado á tal altura; después que tales batallas se han refido, bájase como Napoleón, gloriosamente, pero se baja.

Vico lo presentía y se fué á la Argentina....

Pocos días antes de marcharse y en uno de los gabinetes del *Eldorado* le pregunté si en su record pasaría por Venezuela y me contestó:—Estoy ya tan pobre de facultades, "hijo," que ya no puedo decir á dónde iré, pero crea usted que son mis mayores deseos conocer Caracas.

Ahora que ese actor inimitable, á pesar de encontrarse en sus postrimerías de genio, anda por esos mundos, bien podrían aprovechar la ocasión mis compatriotas; llevarlo á Caracas y gozar de una temporada artística—que hace falta.

**

Vico se gasta una voz algo apagada, por manera que cuando está en escena, los espectadores permanecen en el más profundo silencio, como para no perder la menor de sus narraciones: los versos adquieren forma exquisita recitados por él. En uno de esos instantes de profundísima abstracción he visto al público, impaciente, exigir silencio á uno que entraba "de puntillas." Dije que Vico cuando quiere trabajar es "único" y agrego que es insopportable cuando da en la flor de rezar los papeles. Hay para disgusto y grande la noche que entra uno al teatro y en vez de la eminencia se tropieza con el artista de hecho, el bilio, el malhumorado, el Benvenuto Cellini de la escena, porque Vico, como Cellini "el domador de Papas;" como Sarah Bernhardt y como muchos grandes artistas á quienes se les perdona el carácter en gracia del ingenio, tiene sus noches negras: es el viejo horaño entonces, el viejo blindado por su orgullo de cíclope, por su altivez de actor inmenso, que sabe que ese público está subyugado, dominado, hipnotizado con su sola presencia.

Una vez representaba *El Alcalde de Zalamea* de un modo deplorable; el público dió visibles muestras de desagrado; Vico lo comprende al instante y en la escena donde toma la vara de Alcalde, hace un gesto admirable, lanza una mirada sublime, pronuncia una frase repentinamente, se yergue haciéndose coloso y por ímpetu espontáneo, brota el aplauso de aquella muchedumbre que momentos antes se movía rugiendo como el océano.

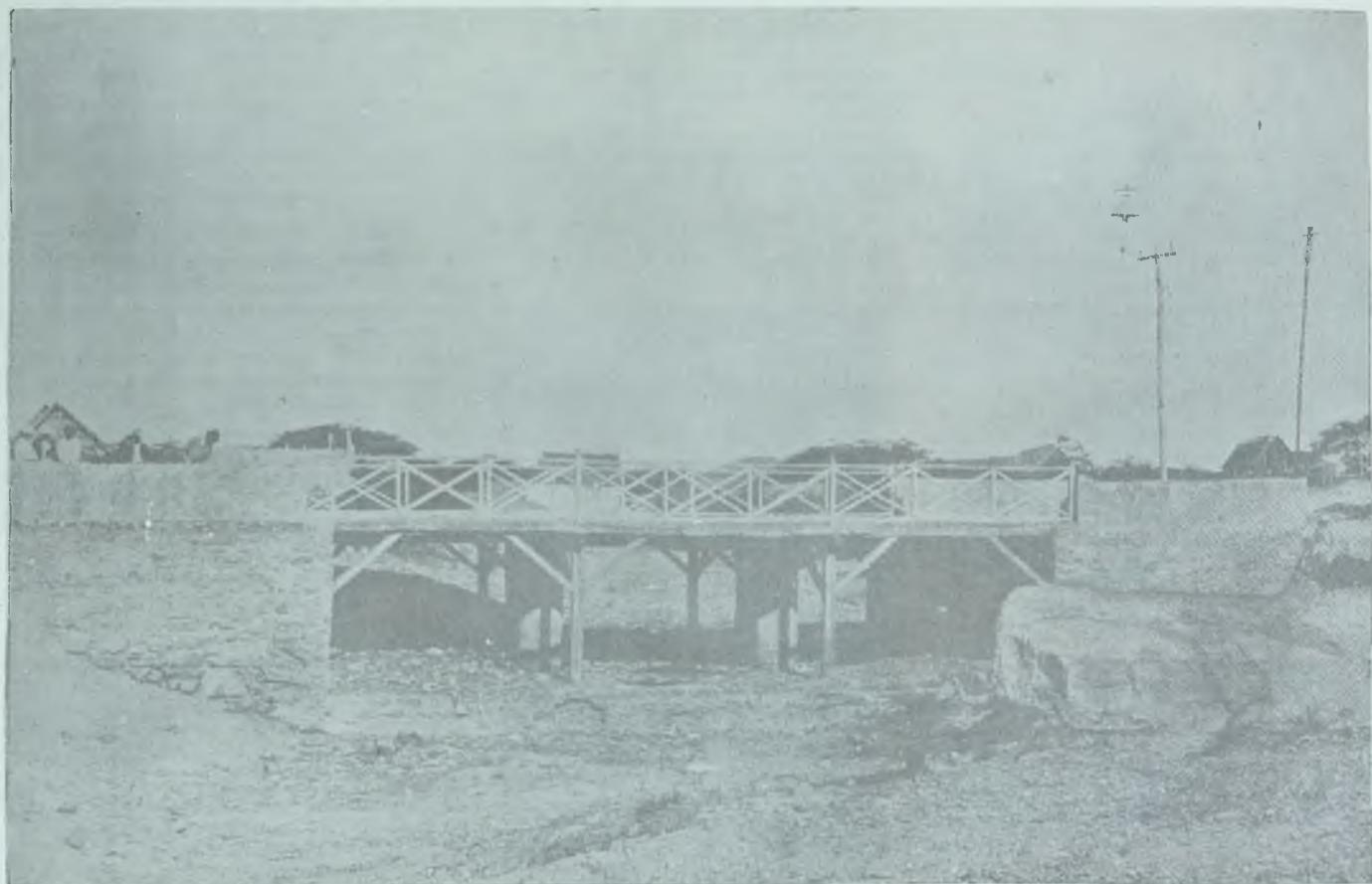
Eso es Vico: eso sí, puede llamarse eminencia, á la altura de Salvini, á la altura de este prodigioso Novelli, que acaba de salir de Madrid dejándonos maravillados con esta soberbia temporada de la Comedia.

Novelli es todavía joven y va erguido, recto, indoblegable á un sólo fin; persigue un ideal: la fama. Vico es un artista de corazón y va abrumado por dos grandes tareas.... Por eso se fué en extraña emigración, impulsado por nuevos vientos á desconocidas riberas.

Parodiando al poeta se le puede decir en medio de una sonrisa y de una lágrima que anuncia la nostalgia de la patria.

—Adiós, Vico, te vas á poblar la América de gloria.

MIGUEL EDUARDO PARDO.



PUENTE «MUÑOZ TÉBAR.» — Maracaibo

LA HISTORIA DE VIOLIN

Eramos muy jóvenes y cierto día con varios compañeros de colegio hicimos una excursión á uno de los pueblecitos cercanos á esta ciudad.

Llevábamos por objeto ejercitarnos en agrematura, y muchachos como éramos, no faltó quien cargara con su guitarra, para entretenernos en los ratos de descanso, con alegres *joropos* y con picantes *corridos*.

Ya habíamos hecho la mitad de la jornada y nos dirigíamos, conversando alegrementes, á almorzar en el vecino pueblo, para volver luego á continuar nuestro interrumpido trabajo.

Muy cerca estábamos, cuando apercibimos un hombre, que venía hacia nosotros. Por su traje sucio é indecente y por el color tostado de su piel imaginamos que fuera algún obrero ó algún labriego de las próximas *haciendas*.

Traía en una de sus manos una caja de violín y en la otra un lio de ropas.

Cuando nos hubo alcanzado, se allegó al más cercano y después de saludarnos trabó conversación con nosotros.

No dejó de llamarlos la atención el aspecto de aquel tipo, á quien podía tomarse fácilmente, por uno de esos músicos gitanos que tanto abundan en Europa y que ya comienzan á dispersarse por América.

Después de contemplarlo mucho; le preguntamos si era músico y nos contestó humildemente diciendo que era un simple aficionado.

Entonces nuestro condiscípulo empuñó su guitarra y estimulado por nosotros le invitó á tocar. El no se hizo de rogar, y nos sentamos en la orilla del camino á oír aquel concierto improvisado.

Templaron los instrumentos y al punto inundaron el espacio los armoniosos preludios de un valse magistralmente tocado y que fué aco-gido con vivas, risas y aplausos.

La fisonomía de nuestro nuevo compañero se animaba por momentos á medida que arrancaba de su mágico instrumento los melodiosos acordes de la divina concepción Waldteufel.

Nuestro músico á quien llamaban, por apodo, «Violín», no era como nos había dicho un simple aficionado. En el brillo de sus ojos; en la creciente animación de su semblante y en el gusto de su delicada, limpia ejecución se descubría el émulo del inmortal Paganini. En sus ojos lucían los fulgores de la chispa divina del genio y la sublime inspiración del artista.

Terminado aquel valse siguieron otros varios. Nuestro amigo guitarrista comprendió que su acompañante era todo un músico y para probarle tocó algunas piezas escogidas, á él desconocidas y este las tocaba al instante sin vacilar.

Después se quedó Violín tocando solo y nos hizo oír varias composiciones originales, llenas de sentimiento y duizura.

Algunas veces cantaba, acompañándose él mismo, tristes endechas en las que siempre figuraba el recuerdo de una mujer infiel á quien amó.

Cuando cantaba parecía sumido en éxtasis profundo; su voz tomaba un timbre melancólico; y en su rostro se pintaban por intervalos la alegría y la tristeza cual si aparecieran ante sí como visiones las delicias de la infancia ó el recuerdo de las pasadas decepciones. ¡Cuántas veces vimos sus bronceadas mejillas empapadas por el llanto!

Al volver de esa especie de letargo comprendía que habían brotado de sus ojos lágrimas imprudentes y contrariado por su debilidad, las enjugaba rápidamente. Entonces cantaba y tocaba con mayor animación y como si perdido en aquel torrente de alegres sonidos quisiera borrar los conmovedores recuerdos que aparecían en su mente.

Ya el sol descendía del zenit; cuando cediendo á las repetidas instancias de nuestros infantiles estómagos le invitamos á almorzar con nosotros, aceptó y continuamos juntos en dirección del pueblecito, cuya iglesia proyectaba ya su blanca torrecita, sobre los techos rojos de las casas.

El aspecto triste y desgraciado de aquel hombre; su genio para la música; sus cantos deli-

cados; sus lágrimas y todo en fin, fué bastante á interesar nuestra juvenil curiosidad; de manera que apenas emprendimos el camino le acasamos con repetidas preguntas á cerca de su rara existencia.

Comprendiendo nuestros punzantes deseos se mostró bondadoso á contarnos la historia que copiamos en seguida.

Como supusimos al verlo, Violín era un hombre de baja estirpe, aunque nacido de padres trabajadores y honrados.

Vió la luz primera en uno de nuestros pueblos del interior y á pesar de no recibir educación de ninguna especie era bastante correcto en su lenguaje y fino y decente en sus modales. Llegó á la pubertad sin saber, ni haber hecho nunca nada.

A los diez y ocho años no había encontrado quien cultivara su natural inteligencia.

Ya para entonces, obedeciendo á las leyes inquebrantables de la naturaleza, se desarrollaban las pasiones de su alma.

Sin darse cuenta de ello se enamoró de una inocente criatura de cuatro años, á quien car-gara muchas veces en sus brazos.

En poco tiempo tomó este amor tan colosalas proporciones, que una noche, sin que nadie lo supiera se introdujo en su casa y se la echó á cuestas, con ella abandonó el pueblo en que nació y por siempre á sus padres y hermanos.

Favorecido por su juventud y robustez no paró de andar en toda la noche; cruzó con rapidez cerros y valles y cuando aparecían los primeros resplandores de la aurora ya estaba muy lejos de la casa paterna.

En el pueblo quedaron dos hogares desolados, en los que no ha renacido más nunca la alegría. El tanto se perdió entre las sombras del misterio y gracias á la acusiosidad de la justicia, el criminal se salvó de sus garras y el crimen quedó impune.

Llegó, al fin, tras mucho andar á uno de nuestros campos vecinos y estableció en él su residencia.



PUENTE DE LOS HATICOS. — Maracaibo

El amor que profesaba á aquella niña produjo en él un cambio extraordinario: de perezoso, se tornó en trabajador incansable; era un muchacho loco y se volvió hombre cuerdo, llegando á ser padre inmejorable para la infeliz criatura.

Pasaban los años en veloz carrera y la niña se hizo mujer; mientras que en el corazón de Violín aumentaba el amor en progresión creciente.

Cuando menos lo esperaban estalló el volcán por tanto tiempo contenido y los que antes vivieran como padre é hija se tornaron en enamorados amantes.

Corrió el tiempo viviendo felices en el paraíso de su amor, aunque envueltos con el manto de su ilícita unión y sin ocuparse nunca de santificarla ante el altar.

Violín siempre amando á aquella mujer y ella siendo el único freno que dominaba su voluntad de hierro.

Nunca había tenido nada que sentir de su cariñosa compañera; pero una noche sin antecedente alguno, voló del nido en que vivieran tan dichosos.

Al despertarse Violín no la encontró; sintió el corazón traspasado por la duda y el dardo punzante de los celos.

Buscóla por todas partes sin resultado y tanto amaba á la infiel, que para disculparla ante sí, acallaba las voces de su alma y se fingía que alguno envidioso de su dicha le había robado el ángel de su amor.

Aumentóse el dolor al descubrir, por maldita casualidad su paradero; y éste no tuvo límites cuando se convenció que le había abandonado, para arrojarse en brazos de otro amante.

Persuadido entonces de la magnitud de su desgracia; roto ya el único lazo que le ligaba al mundo, rengó de la virtud y del amor; maldijo la humanidad y odió la vida. Esto fué para su corazón golpe mortal!

Verse abandonado por la mujer á quien con-

sagró todos los momentos de su vida; por aquella á quien amó con todas las fuerzas de su pasión primera, era para él, que aún no había probado el aciér de las decepciones, mil veces peor que la muerte.

Bañado en lágrimas y sintiendo manar sangre por la reciente herida de su corazón, dejó para no volver más nunca el apartado rancho en que pasara tan felices días.

Desde entonces más que loco, idiotizado, andaba errante por todas partes, sin volverse á ocupar de su persona. Pasaba días enteros sin alimentarse y cuando agobiado por el cansancio le rendía la fatiga, se dormía lo mismo en el fondo de un bosque, que en la margen de un río ó en la orilla de un camino.

Por esos días estábamos en una de tantas de nuestras contiendas civiles; se alistó como voluntario en una fuerza, procuró la primera oportunidad para salir al combate y llegado el momento se batió con fiero arrojo, por ver si encontraba en la muerte la felicidad que perdiera en la vida.

En donde era más rudo el fragor de la pelea, allí estaba él haciéndose notar por su valor; pero estaba escrito, el cielo no lo quiso y prefirió conservarlo para mayor expiación de sus culpas.

Terminada la guerra y triunante el partido á que pertenecía, le hicieron capitán y le dieron de baja.

No obstante, negóse á retirarse y se puso á estudiar el cornetín. Más tarde pidió á sus jefes le dejaran formar en una banda del ejército; concediéronle esto y llegó poco tiempo después á ser por sus conocimientos y habilidad director de ella.

El penetrante sonido de su instrumento no estaba acorde con los sentimientos delicados de su alma adolorida; necesitaba algo más dulce y sensible que gozara y sufriera con él. Fué entonces que tomó en sus manos, por primera vez, el violín.

Con tan eficaz intérprete acudían á su mente, en confuso tropel los dolorosos recuerdos del pasado, que traducía fiel su instrumento; y al esparcir por el aire en raudales de armonía sus tristezas, creía que traído en alas del viento, el eco de la voz dulce de su amada respondía á sus lamentos.

Cansóse, al fin de la disciplina militar y un día abandonó su plaza, para vivir la vida de bohemio.

En esta época le encontramos.

En su corazón mantenían lucha constante el amor y el odio; aunque siempre triunfaba el cariño que guardaba todavía á la mujer traidora que había hecho su desgracia.

El día que nos refirió esto había sabido que ella estaba en el pueblo vecino y no pudo tener el deseo de ver á la reina de su corazón.

Cuando llegamos á la posada no quiso acompañarnos á la mesa y nos exigió le permitiéramos tocar mientras almorzábamos.

Entonces sí creímos que había perdido el juicio. Al mismo tiempo tocaba, cantaba y bailaba; unas veces se detenía para lanzar nerviosas y atroadoras carcajadas; otras para recitar largos monólogos dedicados á su ídolo.

En repetidas ocasiones quiso irse y nosotros le contuvimos; pero insistiendo logró al fin es capársenos.

Desde entonces no le hemos vuelto á ver; pero sabemos que completamente loco, va por el mundo errante peregrino, publicando en su demencia la triste historia de su desventurado amor.

Mayo: 16 de 1894.

FRANCISCO MANRIQUE.



PROSPECTO

Con buena voluntad
y pocas preferencias, va
hoy *El Autógrafo* a ocu-
par el puesto que la san-
cion pública quiera sen-
tirle en la Prensa de la Re-
publica.

El presente numero cla-
ra la norma de las ideas
de este semanario, que saldrá
todos los domingos, se vende-
rá a cuartillo y se cangeará
con los colegios que lo deseen.

¡A los que tienen la honra
de saludar afectuosamente.

LA COLINA DEL CALVARIO (HOY "PASEO GUZMAN BLANCO")

Debemos a la generosidad del
modesto amigo Jesus M. Rivas
la vista del Calvario que hoy
publicamos en nuestra segun-
da página.

Este original fue tomado del
natural, por el señor Rivas,
el año de 1870, cuando la
progresista mano del General
Guzman Blanco no había

EL AUTÓGRAFO



FACES POÉTICAS



EL AUTÓGRAFO

trocado aún aquella abrupta
colina en el bellísimo Paseo
que hoy lleva su nombre
y es orgullo y recorrido de los
caraqueños.

Aquí está el antiguo cerro,
con su triste desnudez, con

su Ermita, con las cruces
entre las cuales se detiene
la célebre procesión de *El Dier-
no Maestro*, que salía del
Templo de San Juan con
su severo acompañamiento
de nazarenos.

Aquí está el antiguo cerro,
con su triste desnudez, con



LA COLINA DEL CALVARIO
(1870)

Contrastes del Paseo!

Ayer, abrigos, arbustos
muchachas, rocas desnudas...

Hoy, fragantes flores, pu-
mertas custodiadas, bellos
paseos.

El dibujo que ilustra es

exacto, bien menor con-
servarse recuerdo de aque-
lla época y como testimonio
de comparación entre el
presente y el pasado.

Emilio

EL AUTÓGRAFO





M. SADI CARNOT, Presidente de la República Francesa
Asesinado en Lyon

UN DRAMA SUBTERRANEO

EL SALVAMENTO DEL LUR-LOCH (STIRIA)
POR E. A. MARTELTraducido para *El Cojo Ilustrado* por el Dr. R. Villavicencio

A diez y ocho quilómetros al norte de Graz (Stiria), el riachuelo de *Semriach* se pierde en una caverna llamada *Lur-Loch* (Luch-Loch o Lueg-Loch) (1), cuya abertura no tiene sino un metro de altura. A tres quilómetros, poco más 6 menos, al suroeste de esta perdida, el agua reaparece por manantiales cerca de Peggau. El 15 de Abril de 1894 fueron descubiertos dos grandes salas interiores en el *Lur-Loch*. Siete miembros de la *Asociación para la exploración de las cavernas*, en Graz, los señores Fasching, Föllmann, Karl Zweyer, Oswald, J. Maier, Kurz, Rudolf Haidt, este último de diez y seis años, con el propósito de continuar las investigaciones, penetraron en el *Lur-Loch* el sábado 28 de Abril último, un poco antes de media noche, equipados como para una expedición que debía durar más 6 menos veinte y cuatro horas. Pero al día siguiente, 29, en la mañana, una lluvia violenta hizo subir repentinamente el nivel del riachuelo, ya muy elevado. Entonces, un pasaje muy bajo y muy estrecho, anchura 0.160, altura 0.40, longitud 6 metros, en forma de sifón, que distaba unos 70 metros de la entrada, se inundó enteramente de agua: el sifón se llenó aprisionando á los siete visitadores que no se dieron cuenta de ello hasta la una de la tarde. Felizmente para ellos, se encontraban protegidos contra los ataques directos de la creciente, en la mayor de las dos salas descubiertas el 15 de Abril, Föllmann-Höhle, que comunicaba con el río por una especie de *chimenea* oblicua, larga de 7 metros; pero se encontraban expuestos á las horribles consecuencias del bloqueo, es decir, á morir de hambre, ó á perder la razón bajo la presión alucinatoria de la noche subterránea, ya que sus provisiones de boca y de alumbrado, aún empleados con la más estricta parsimonia, no podían durar más que hasta el martes. El corte vertical que reproducimos explica suficiente-

dro etc., bajo la enérgica dirección de los señores Brumeller, Fröhlich, Korb, Reimingham, el capitán Steindl, etc. Mas, la implacable creciente no cesaba, porque seguían cayendo abundantes lluvias en toda la región. Cuando se pudo llegar á la primera pequeña gruta, hacia arriba del sifón (V. el corte), la encontraron llena de arcilla, de piedras, de ramas y troncos de árboles arrastrados por la corriente. Fué necesario extraer todos estos materiales de obstrucción trabajando en el agua rápida y muy fría: temperatura 8° C.

El lunes, hacia las seis y media p. m., echaron á la ventura en el sifón una caja de víveres y de bugías, contando muy poco con que llegase á su destino.

El viernes 4 de mayo, después de cuatro días de trabajo, el sifón no se había vaciado todavía ni siquiera estaba suficientemente desbarazado para que los buzos pudiesen introducirse en él. Este día llegó, á tomar la dirección de los trabajos de salvamento, por órdenes del Ministerio de Agricultura, M. Putick, el distinguido ingeniero, mi compañero de investigaciones en el Karst, en 1893, y á quien ha confiado el Gobierno austriaco, desde el año de 1886, los trabajos de Planina y del Piuka. Este caballero activó la desviación del torrente y hizo reforzar con éxito los diques durante los dos días sábado y domingo.

Ciento noventa y nueve horas hacían que duraba la cautividad, cuando el lunes, 7 de mayo, á las 10 hs. 30 m. a. m., el buzo Rodolfo Fischer, antiguo sub-oficial del genio, aprovechando la baja momentánea de las aguas, y desalojando un grueso tronco de árbol, llegó, en fin, á pasar más allá del sifón, en la base de la chimenea, hacinada también con materiales de obstrucción. A través de los intersticios de este tapón impracticable, percibió la luz de una bujía en la gruta superior y lanzó un grito vibrante. En vez del silencio, silencio de muerte, que él esperaba, otro grito respondió: «Vivos todos siete!»—«Sí, todos siete!—Tenéis aún víveres y luz?»—«Un pedazo de queso y una última bugía: la caja nos llegó y nos ha salvado.»—«Hurrah! Nosotros llegamos!»

Inmediatamente Fischer regresó á la entrada del *Lur-Loch* para trasmitir la milagrosa noticia á la multitud reunida delante de la gruta, que después de algún tiempo, todo el mundo creía transformada en tumba. Al referir en detalle todas las peripecias de este drama conmovedor, los periódicos de Graz y de Viena han pintado las largas angustias, luego la alegría de las víctimas, de sus familias y amigos. Bástenos decir aquí que á mediodía, la bandera blanca, señal convenida, era izada en el castillo de Graz, á donde el teléfono había anunciado el resultado. Como el agua continuase en bajar poco á poco, los señores Putick, Setz, Korb y Fröhlich tomaban el puesto del buzo abatido por el frío y la fiebre; conversaban con los prisioneros y les pasaban víveres. Fue necesario en seguida, y durante cuatro horas, hacer volar con pólvora el tapón de la chimenea para dar paso al cuerpo de un hombre. A las 5 de la tarde veía la luz el primero de los libertados, seguido prontamente de los otros seis que llegaron en medio de los aplausos de la multitud. Su depresión moral y física era desigual; pero extrema en el más joven, que ni siquiera reconoció á su padre, y cuyo estado inspiró inquietud en los primeros momentos. Todos han soportado bien la terrible prueba.

Su salvación fué debida á la casualidad providencial que hizo varar á sus piés, en la chimenea misma, la caja de provisiones arrojada el lunes en el río. Ellos la recogieron el miércoles á las 11 hs. 30 m. a. m.: ya no tenían desde la víspera un átomo de alimentos. Sin epilogar acerca de esta espantosa aventura que por ciertas casualidades no se ha transformado en catástrofe, importa mostrar las enseñanzas que han seguido siempre por instinto, las personas acostumbradas á las exploraciones de cavernas, y que es bueno dar á los novicios. Las grutas de ríos subterráneos desconocidos no deben ser jamás visitadas por la primera vez fuera de los tres meses de estio, del 15 de junio al 15 de setiembre. En otoño, en invierno y en primavera toda tentativa de descubrimiento de

este género está fatalmente expuesta al grave peligro de las crecientes, tales como la del *Lur-Loch*. Es fácil darse cuenta de ello. Está ahora averiguado que las pérdidas de ríos, los pozos naturales y otras grietas de terrenos fracturados, son los puntos de absorción de las aguas meteorológicas; que los manantiales constituyen sus puntos de emergencia ó de reaparición, y que entre estos dos extremos, las cavernas sirven de receptáculos á las aguas infiltradas. Ahora bien, se comprende que, después de las lluvias de ambos equinoccios, de las del invierno y de la fusión de las nieves, estos receptáculos subterráneos sean verdaderas, cisternas, más llenas que después de la sequía: los vacíos restringidos que pueden subsistir entonces entre su techo y su plano de agua, se llenan fácilmente con la menor tempestad. Hé aquí simplemente lo que ha pasado el 28 de Abril en el *Lur-Loch*. Por el contrario, á partir de la mitad de junio y no antes, por lo menos en nuestros climas, la bella estación puede estar ya bastante avanzada para que prevalezca el desague de las cisternas sobre su lleno; para que las fuentes den más agua de la que reciben por las pérdidas de riachuelos. El lugar disponible en los receptáculos aumenta cada día en los meses secos, y si una gran tempestad sobreviene de tarde en tarde sus ondas infiltradas evolucionan y corren más fácilmente bajo la tierra, en lugar de acumularse y de elevarse hasta la bóveda, hacia la parte alta de sifones no vacíos todavía.

La única causa de la tragedia que acaba de terminarse tan felizmente en Estiria, es, pues, la imprudencia impaciente con que se ha querido explorar una caverna de puntos estrechados, situada entre una perdida y un manantial antes de la estación propicia.

Que esta útil advertencia sea bien meditada por los que se vean tentados á entregarse sin suficientes precauciones, á la exploración de los ríos subterráneos. Recordemos que M. Putick y yo á fines de setiembre de 1893, hemos sabido resistir á la tentación de terminar nuestra exploración tan feliz del Piuka subterráneo porque las lluvias de equinoccio habían hinchado el río, y que tal imprudencia habría podido aprisionarnos.

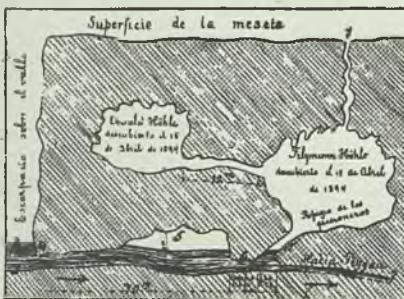
ACTUALIDADES

POR EUGENIO MENDEZ Y MENDOZA

Antímano: 26 de junio de 1894.

Actualidades, dijo usted? Pues á Antímano á buscar asunto, á llenar de notas la cartera á tiempo que se le propina á los pulmones un poco de aire puro y se les hace descansar del aire saturado de tierra, de carbón, de microbios y de cuanto Dios creó, que forma la atmósfera de las ciudades, mayormente cuando, como Caracas, gastan ya el calificativo de populosas.

Allá, en la capital, tiene usted que esperar en el lecho á que estén encendidas todas las cocinas de la ciudad. Si usted madruga y se echa á la calle para desperezarse con el ejercicio, ir á buscar un poco de oxígeno al Calvario, tiene que resignarse á llegar al pintoresco paseo, apestando á kerosene y á sebo. Mientras que aquí, los alados despertadores que desde el alba revolotean bulliciosos y chocan con los cristales de la ventana, como si quisieran entrar á saludarle á usted, no obstante la transparente barrera que les cierra el paso, le recuerdan que la impaciente naturaleza aguarda del lado fuera á que usted sacuda la pereza y asome las narices, para insuflarle por ellas el oxígeno, que la pronta madre extrae de los órganos del vegetal y lleva á los órganos del animal, cuyos desperdicios aprovecha en beneficio de la existencia de los primeros, convirtiendo la muerte en vida, la escoria en hermosura, lo fétido en aroma, lo infecto en pureza; jugando con la materia dócil, que cede á las transformaciones, gozosa de verse hoy alegre y rico fruto, mañana globo suelto que corre holgadamente por entre la microscópica contextura del tejido animal, más tarde



CORTE VERTICAL DEL LUR-LOCH

Número 1.—Figura vertical impracticable.
Número 2.—Altas Aguas.
Número 3.—Bajas Aguas.
Número 4.—Entrada del Lur-Loch.—Pérdida del riachuelo de Semriach.
Número 5.—Primera gruta, obstruida por los aluviones.
Número 6.—Sifón.

mente la situación. Durante ocho días y medio fué considerada afuera como desesperada; porque sólo al cabo de 206 horas se pudo devolver los prisioneros á sus familias desconsoladas.

Desde el domingo por la tarde se había dado el alarma en vista de la creciente que había cerrado la abertura del *Lur-Loch*; el lunes 30 de Abril por la mañana, comenzaron á ponerse en práctica todos los medios conocidos de salvamento: gentes de los contornos, mineros, ingenieros, buzos, zapadores, bomberos, se agotaron en vanos esfuerzos, construyendo diques, abriendo un túnel en la roca, desviando el riachuelo, tratando de penetrar con escasas

[1] Las palabras *Loch* y *Lueg*, de que *Lur* y *Luch* no son sino alteraciones locales, significan ambas agujero.

combustible de la llama deslumbradora y magnífica del pensamiento, remate, objeto y apoteosis de la labor incesante de la vida.

Con el grato reposo de la fatigante vida ciudadana en brazos de la madre naturaleza, debieran armonizar todos nuestros actos. Al constante regalo de aire puro, de grato aroma, de fresca brisa, de alegres gorjeos, de rumor de fuentes y demás cosas del campo que hay que nombrar con adjetivo ó renunciar á la poesía y dar preferencia al inventario, debiéramos corresponder agradecidos, conformándonos con los higiénicos hábitos de los seres que con la naturaleza viven en íntima y constante relación; imitando, al vestir, en su sencillez, á los lirios del campo, de los cuales dijo el Dios-Hombre que estaban más galanos que Salomón con todos sus regios atavíos; dejando henchir libremente nuestra parte de naturaleza con la savia de la vida; y puesto que somos huéspedes de la naturaleza campesina, respetar lo que es su propiedad, y proteger lo que ella protege: sus animales, sus árboles, sus yerbas, sus flores.

Pero, no señor, todo lo contrario: á las instancias de las aves que con el alba tocan á nuestras ventanas y gorgean con estrépito, convidiéndonos á la fiesta con que quieren obsequiarnos, y en la que despliegan toda la pompa de sus variados cantos y de sus vistosas plumas, contestamos con un ronquido de desprecio y nos volvemos del lado derecho. A las insinuaciones del aire puro y fresco que llega en su solicitud hasta abandonar el anchuroso espacio por donde corre alegre, recibiendo besos de flores, y se cuela por las rendijas y llega á nuestro lecho y se acerca á nuestros rostros, tanto que entreabrimos los hinchados párpados para ver quién se divierte en llevarnos rosas al oíso, contestamos con otro desdeseño ronquido y media vuelta á la izquierda.

Y luego enciérrense en zapatos embebidos los desfigurados pies; y si de hombres se trata, compímanse las carótidas con estrechos y almidonados cuellos; y reciba el cráneo el diario bautismo de aceite perfumado; y venza la nicotina al oxígeno y el cognac á las puras y frescas aguas de la fuente. Y si se trata de mujeres, vengan el zapato de tres puntos menos y la liga á ahuyentar la sangre de las extremidades inferiores; y deslicese rápida y fácil la cuerda por entre los ojetes del corset, dislocando entrañas y quebrantando huesos. Destéjase la hermosa trenza y con estirones por aquí y *templos* por allá, sométase á indecible martirio la piel del cráneo, hasta encaramarle á éste toda una catedral de bultos y postizos que trae al remolque la jaqueca y la antipirina y..... Santa Bárbara bendita!

Como, á despecho nuestro, los agentes naturales algo logran en la lucha que con ellos sostene mos y revelase el beneficio en el picante apetito, fuerza es darle al estómago, no los sanos y nutritivos manjares de la cocina rústica, sino las explosivas conservas de bien olientes latas, los incendiarios picadillos en mostaza, rociado todo con *Apollinaris* por lo que *potest contingere*. Los lamentos angustiosos de los trabajados órganos digestivos no logran á luego distraernos de la mordorá que la pesada digestión y el bochorno nos producen, y ¿quién dijo miedo? A la siesta; ó mejor dicho: al otro mundo. Mas, el que se despierta en éste, lo hace sobresaltado por temor de que hayan empezado ya los toros coleados, la diversión correspondiente á la vida civilizada salvaje que se lleva. Después de los toros coleados, que no me detengo á describir porque ya estamos de ellos hasta el moño, á bailar hasta que despunta el día.

Y luego escucha usted diálogos por este esquilo:

— ¿Y qué, Pepita, no vas á Antímano este año?

— No, porque á mí no me sienta ese temperamento.

*

Hasta por estos trigos anda la gente impresionada con la muerte de una *notabilidad*. ¿Creenán ustedes que la dicha *notabilidad* es Monsieur Carnot? Pues no, señores, se trata del Espartero, personaje de mucho viso en la villa del oso y del madrío, como que era nada menos que el que hacia las delicias de los súbditos de Alfonso XIII, despabilando toros por lo fino, hasta que uno

de éstos le despabiló á él, al Espartero, por el estómago. Naturalmente esto ha causado tan profunda sensación en Madrid que, según nos informan algunos revisteros, el suceso ha sido lamentado en el más subido tono de la elegía.

Parece ser que por un lado salió del redondel exánime *Manoliyo*, que casi era también llamado el Espartero, y por otro entró otro bicho, es decir, otro toro, quiero decir, uno distinto del que hirió al torero; y la función continuó como si tal cosa, acto este que repreba uno de los que de allá escriben sobre el acontecimiento, como si ello no fuera lo más natural y lógico. ¿A qué asiste el público á esos espectáculos, y el público madrileño singularmente? ¿No es á disfrutar de las emociones que producen en los espectadores los accidentes de la lidia? ¿No son los principales de éstos la muerte de toros y caballos? Accidente de mayor substancia me parece que debe ser la muerte de un torero, por lo que es preciso convenir en que la continuación de la corrida fué cosa naturalísima, y naturalísimo también hubiera sido que el público desease la repetición de accidentes como el que acababa de presenciar. Para quien goza con el espectáculo de la muerte, debe haber más interés en la muerte de un hombre que en la de un toro. El lado más inocente del asunto es cifrar la diversión en ver peligrar la vida del torero. Más divertido, mucho más divertido, el colmo de la diversión tiene que ser el colmo del peligro, y, por supuesto, la muerte del pobre diablo.

— Tienen unas cosas nuestros abuelos!

— Tenemos otras los nietos de los españoles!

*

Ha dejado de existir en la última quincena la señora TRINIDAD VEGAS DE HERRERA, dama perteneciente á muy distinguida y respetable familia de Caracas. Hay que buscar en el hogar la obra de la matrona que de él falta; y en el que con el apreciable caballero Don Francisco Herrera formó aquella su virtuosísima consorte, visible y digno de alto encanto está el fruto de los desvelos de la inolvidable madre en las notables prendas de los excelentes hijos.

Reciban el señor Don Francisco Herrera y su apreciable familia, á la que pertenece nuestro amigo el señor Dr. B. Herrera Vegas, la muestra de que en nosotros ha tenido eco su justísimo dolor.

Desde hace algunos días se encuentra en Caracas el inspirado poeta y aplaudido escritor Gonzalo Picón Eebres. Deseámosle días muy gratos en la Capital de la República, donde cuenta con numerosos amigos y apreciadores de sus talentos.

GABEZA Y CORAZÓN DOLORA

A BLANCA QUIROGA Y PARDO BAZÁN

I

Un Angel y el Demonio, á Eva un dia
contemplan con amor.

— Y ¿qué opináis, decid, de esa obra mía?"
les preguntó el Señor.

II

Mirando de Eva la gentil cabeza,
dijo el Demonio así:

— "¡La mujer! A pesar de su belleza
es inferior á mí."

— ¡Sentir sin comprender! ¡Perpetua ilusa
que goza en delirar!

— ¡Qué tiene, sin razón, la ciencia infusa
del arte de engañar!"

Uniendo la inconstancia á la hermosura,
el Demonio añadió:

— "Creedme, Señor, vuestra mejor hechura
vale menos que yo."

III

— "La mujer, siguió el Angel, de tal modo
desafía al dolor,
que, aunque débil su fe, se arriesga á todo
por servir al amor."

— "De la santa piedad hija querida,
ni piensa, ni hace el mal,
y, próvida, transmite con la vida
la sed de lo ideal."

— "La mujer es tan buena" (enardecido
el Angel concluyó),
— "que, aunque soy en el cielo un elegido,
ella es mejor que yo."

IV

Tú, dotada de espíritu sublime
y de gran corazón,

Blanca, entre el Angel y el Demonio, dime:
¿quién tiene más razón?

CAMPOAMOR.

"MAS VALE TARDE QUE NUNCA"

Es un proverbio sabio; pero es mejor hacer las cosas á tiempo. Muchos tísicos y otros enfermos, encontrándose ya dispuestos á abandonar toda esperanza de vida, han hallado alivio y aún curación usando la Emulsión de Scott; pero en algunos casos era ya tarde para lograr una curación rápida. La

Emulsion de Scott

arranca el mal de raíz, especialmente usándola á tiempo, cuando comienza la debilidad ó pérdida de carnes. No hay caso de debilidad ó extenuación que resista á este preparado que produce fuerzas y crea carnes.

Así lo atestiguan millares de médicos que la recetan en casos de Tos y Catarros, Debilidad Pulmónar, Anémia, Escrófulas y Raquitismo.

La legítima lleva en la cubierta la etiqueta del hombre con el bacalao á cuestas.

DE VENTA EN TODAS LAS BOTICAS,

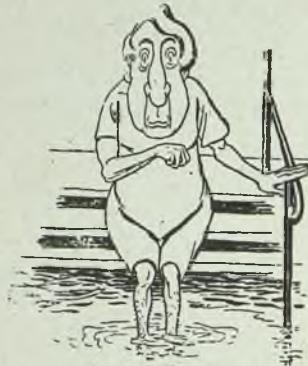
SCOTT y BOWNE, Químicos, Nueva York.

No hay emplasto poroso como el "Excellior."

APUNTES PARA BAÑARSE

Así como se requiere el bautismo para ser cristiano, para ser buen bañista son previos y de ordenanza, ciertos preliminares.

Para bañarse en Anauco ó Catuche, por ejemplo: entrar suavemente á lo más llano del pozo



y luego, con el pie derecho, mojarse el empeine del pie izquierdo, y viceversa; y ya está U. en condiciones de continuar en el orden que le plazca.

En los baños de mar de Macuto y Puerto Cabello, son de mayor peso los preliminares; pues antes de entrar en materia, Tacoa y Otalora se cuidan bien del asunto céntimos y billete.

Provisto que sea del ticket, despójese U. pero por completo (no haga caso de los calzones del grabado, que van aquí por otras causas) y láncese de cabeza en línea recta.



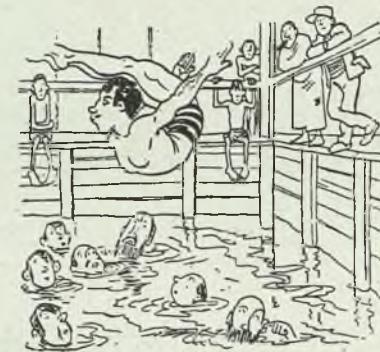
No hemos previsto que U. pudiera ser partidario de las posiciones académicas; si lo fuere, vágase igualmente recto, pero de pie, hasta el fondo.



Lo malo de esas posiciones son los gurataritos y cascos de botellas, que entre nosotros nada tiene de particular que se encuentren en los baños; por eso quizás sea lo mejor que se busque U. el término medio, y procure entrar al agua adoptando otra forma que no sea ni de cabeza ni de pie. No sabemos cómo explicárselo bien..... Vista al frente, y pies en alto y..... *chupulán*.



Hay bañistas acróbatas, para quienes el baño no tiene placer sin el desarrollo de los saltos mortales y las entradas de "pecho al agua"



pero la forma más deliciosa de la gandulería en el agua es la *plancha* que distingue al hombre, de la bestia; y vaya una observación zoológica: todos los mamíferos nadan con el vientre de plano sobre el agua, y jamás hemos visto un perro haciendo la *plancha* boca arriba.

¡Vea U. el *comfort* de esa posición horizontal que le permite flotar á su gusto! (En este caso los calzones no vendrían mal).



Entrar no es nada; la gracia está en saber mantenerse á flote. "La ciencia de la natación", se llama eso. Es innata en los animales; pero el hombre civilizado no la adquiere sino tragando muchos buches de agua. ¡Injusticias de la naturaleza!

El baño más sabroso es el de inmersión. Así se acostumbra "en casa de los peces".

En un nadador sería imperdonable el no

poder sumergirse por largo tiempo en el agua.

La *adivinanza* más extraordinaria, en ese género, fue la de Jonás, que, como U. sabe, estuvo meses en el fondo del mar; á tal punto que una ballena le ofreció graciosamente sus habitaciones interiores, que debían ser muy confortables, y aunque entonces no se usaba el cigarrillo, el grabador nuestro se empeña en que aquel saboreaba un puro de la Habana.



Falta el último detalle: envolverse bien en una sábana ó toalla de algodón, asoleada.



El asunto *toilette* no deja de tener su importancia; pero dejémosla á discreción del autor; y luego que esté bonito y nuevo, no le sentaría mal un almuercito en compañía de la señora y los niñitos, y seguro estamos de que un extraño que llegare en ese instante, al punto comprendería cuál es el bañado entre la familia, pues es decisiva la influencia que imprime en el rostro un baño tomado con todas las reglas del arte.



Un pequeño ejercicio sería el complemento, y de ello nos ocuparemos en otro número.

EL PETARDO

Sus tiempos que no tenía el gusto de compartir un poco, con los numerosos lectores de *El Cojo Ilustrado*.

Por eso tengo un miedo que me llega hasta los pelos: sin embargo de que nunca he sido corto de genio como *Marianito*, un sobrino de un tío mío que estuvo en Santander en los días de la catástrofe *dynamitera* y siempre me decía: *para entrar no hay como yo, si es que pinto para eso*.

Yo me creo tan entrado como el sobrinito ese, y así es: que ya he entrado muchas veces! y sin embargo creo que mis lectores me han de encontrar torpe, testarudo, como aquel novel congresista que se llama Rafael, que obra mucho, muchísimo que *obra el indio*, pero habla muy poco, porque tiene lo que yo tengo ahora, una cosita así, que yo no sé qué será, pero me parece miedo.

En fin que ya estoy en la tribuna de la prensa, rodeado de público que espera ansioso mi palabra, y no debo dejar burladas las esperanzas que tiene la Patria en mis aptitudes *retóricas*—que dice un orador rim-bombáutico que aspira á un Ministerio sin otra intención que la de salvar la cosa pública.

¡Hombre abnegado! porque realmente, salvar la cosa *privada*, es muy natural, pero la cosa pública es lo sobrenatural del patriotismo. Pero, en fin, doblemos la hoja por aquí, y díme, lector: ¿qué materia de conversación te agradaría más en este instante?..... Te callas?

Pues bien, voy á hablarte de una cosa nueva, de algo que no había pasado jamás por mí en tiempos atrás, de una cosa de que, tal vez por mi buena estrella, me había librado hasta hoy.

He sido víctima, lector mío, de un *petardo*. Con el sol en pleno meridiano, ayer se acercó á mí un caballero, elegantemente vestido, y sabrás que por eso lo llamo caballero, porque iba elegantemente vestido.

La sociedad moderna ha adelantado mucho en eso.

Nuestros padres, aquellos benditos de Dios, que vivían con la moral por egida, y el deber por religión, y habían dedicado un altar en su corazón á esa *pajuata* que se llama la conciencia, esos, dormían á sus hijos cantándoles: *El hábito no hace el monje*.

Los pobres! pero qué necios eran nuestros padres: no sabían de la misa la media; hoy les daría lecciones de bien vivir el *sietemismo* social más humilde.

Pero, ¿qué fue el petardo? me diréis, lector. Tienes razón; te voy á decir.

El caballero ese que dejó por detrás en este articulito, pequeño desahogo de conversación que tengo contigo después de tantos días, en que nada te he dicho, se acercó á mí en una calle cuyo nombre no recuerdo, pero que si tú tienes la curiosidad de saber, bastará que te diga que está muy mala, es decir, deben componerla muy presto, porque si no, pronto habrá de registrar el colega *Pregonero* á fuer de noticioso:

“Ha muerto la señora *Doña Calle*: se fue suficientemente preparada para el viaje: recibió todo lo que se recibe, etc., etc., etc., etc., etc., etc., etc., etc.”

—¡Hola! qué me alegro que hayas venido! Si eres otro hombre!

—Oh, no: tú exageras; no he cambiado de personalidad; tal vez habré venido tostado el rostro por el sol, ó encogidos los nervios por el frío; pero eso no me ha afectado intrínsecamente: soy el mismo que has dejado de ver, venezolano neto, criollo hasta allí, liberal hasta allá, y acepto aún con todos sus defectos, la idea santa de la *libertad* que hoy como ayer y como siempre nos llevará trastornado el cerebro, pero al fin arrulla nuestros sueños con el *candor* de sus alas: con que ya lo ves, el mismo, chico, el mismo.

—Ni los ingleses te han hecho cambiar.

—Espántate! Cuando no lo han hecho

La Merced, oigo decir á una académica: “la palabra *seráfica* perfuma la Gran Basílica;” entro, oigo y me convierto.

—Gracias á Dios.

—Yo no he cambiado tanto como tú: eres tú, nos veremos en el teatro.

—Está bien.

No hice más que voltear, lector querido, y yo pensaba: me engañará éste? no será algún *petardo* que me está dando? Pues sí que lo era.

Y no uno, lector, el otro ese fue el peor.

Imagínate que llevo la mano á la corbata y me faltaba el prendedor.

Tuve, pues, con un encuentro dos *petardos*. Eso como que ha progresado mucho aquí!..... Está al 200 por 100.

Hay que andarse muy sobreaviso con los *petardos*.

Dios nos salve los lugares peligrosos!.....

DAVID VILLASMIL.



J. FLAQUER, Tenor Cómico de la Compañía de Zarzuela

los ingleses que son capaces de hacer cambiar á Don Torcuato, el abuelo de una niña que yo conozco, que era oficial el año 10 y todavía cena *sancocho*: pero chico, si nos están cambiando la Guayana sin sentirlo! ¡qué habilidad de hombres! Y tú?.....

—Yo, muy bien.

—Cuando me dices bien, es porque debes estar empleado.

—Oh, sí, y muy bien empleado.

—Pero si tú estabas con el otro, con el de atrás.

—Pero no importa, chico, soy liberal, patriota y honrado y todos los gobiernos me necesitan.

—Con que eres ya hourado! de modo que..... aquellas *malas mañitas* que tenías antes:

—Volaverunt, chico, volaverunt.

—¡Qué prodigio!

—Pues bien; es obra del padre..... Que rubén; así creo que se llama: le debo mi conversión: un día por la tarde, paso por

NUESTROS GRABADOS

Alianza Filantrópica

GRUPO DE MIEMBROS DE LA SOCIEDAD

Doce años consagrados á la filatropía, á la práctica del bien, á la sociabilidad, al ahorro, son los títulos con que la Alianza Filantrópica puede usarse de haber sido provechosa á sus miembros, y á la patria venezolana.

La formación y el mantenimiento de estos cuerpos tiene mayor trascendencia de la que de ordinario se les concede entre nosotros. La beneficencia es su objeto, pero para ejercerla ejercen una saludable emulación, ejercen la cultura acercando y estrechando relaciones que en el curso de la vida vienen á favorecer intereses distintos, casi todos los que en la sociedad son necesarios para el fin á que los hombres están obligados: mejorar y ayudarse.

De manera que cuando una agrupación de ese género ha desempeñado, progresando, su misión civilizadora por más de dos lustros; cuando ha pasado de los comienzos y las pruebas, siempre difíciles en la iniciación, y llegado con valor al período de la prosperidad y el desahogo, los plácemes no han de ser exclusivos para ella, que harto tiene con el hecho de existir, denunciador de meritísimos esfuerzos, sino para la sociedad en general que es quien mayor utilidad reporta del acercamiento de sus individuos.

Don Antonio Vico

En gira artística por los pueblos de la América, el notable actor español nos ha hecho concebir la esperanza de que habremos de verlo, de admirarlo, en nuestro *coliseo* Municipal.

Hasta ahora solo existe la promesa de que nos visitará en la segunda mitad del año. Ojalá no se frustré, para tener así siquiera algunos meses menos malos y tan poderosamente sujettivos que nos hagan olvidar las fatigas de la afanosa lucha diaria, sin horizontes ni ideales.

J. Flaquer

TENOR CÓMICO DE LA COMPAÑÍA DE ZARZUELA

A falta del serio, el tenor cómico de la Compañía del señor Senda puede dar punto y raya á los buenos aficionados en su género. El público que asiste á la zarzuela le ha consagrado sus aplausos. Tiene razón, porque es lo mejorcito de lo nuevo.

Apuntes para los baños

Desde el bañista boyo, que puede servir de límite á los tímidos en sus excursiones acuáticas, hasta el acróbatas que paga escrupulos el derecho de entrada por darse el gusto de los aportreos en agua limpia, las especies se multiplican. Nuestros grabados no son sino un rinconcito del baño. Qué delicioso cuadro el de todas las escenas cómicas, picarescas ó ridículas con que se salpimentan los chistes regocijando á los espectadores jóvenes, á los bañistas adiestrados! Se escribirían volúme-

nes sin agotar completamente el tema, si no fuera porque la ancianidad es respetable. Ved, si no en, aquel grabadito, panza arriba, al respetable señor que se recrea con el fresco de las ondas y el estudio de los cuerpos sumergibles; y ved á ese otro, timorato y friolento, como se deja seducir pausadamente, haciendo muecas á cada sondaje con las piernas, protesta muda pero inmáscia contra las deleitosas sensaciones que al otro día han de arrebatarle, ya olvidadas, con el imperio del mandato facultativo ó de la moda. Son dos tipos de la infinita variedad.

Muerte de Sadi Carnot

Víctima de las exaltadas pasiones de la época, de una venganza estúpida que no encuentra atenuaciones, falleció vilmente asesinado, cuando se dirigía á una suntuosa fiesta, el distinguido hombre público para quien la Presidencia de Francia no fue sino un gimnasio gigantesco de difíciles pruebas.

El advenimiento de Sadi Carnot á la primera Magistratura de la República y su admirable administración, son para dejar resonancia y hacer meditar profundamente en la sabiduría del pueblo francés, en la cordura de sus representantes cuando hay que posponer los intereses del caudillaje más ó menos victorioso á los sagrados de la paz interior. Esa sabiduría salvará la Francia en el actual conflicto que la asfixia; y el nuevo Presidente que Élla elija encontrará en los actos de su predecesor, en su firmeza, en la serena manera que tuvo de conducirse en medio á tantos riesgos, la forma de llevar adelante la República.

La muerte violenta de Carnot no ha obedecido ni obedecer podía á plan preconcebido de política. No es siquiera la manifestación de una violencia colectiva contra el representante nacional. Es la enfermedad, la locura de estas postimerías de siglo, que le ha hecho la víctima inmolada en aras de una deidad infernal que nada funda, que á nada tiende sino á rabiosa sed de destrucción.

Los detalles más completos de esa catástrofe, tan inesperada como injusta, que ha de extender alarma no sólo en el territorio de la Francia sino en el mundo civilizado y cristiano, son los siguientes, recibidos por la *Agencia Pumar*, que hacemos ilustrar por el dibujante de esta Empresa:

El Sr. Carnot, que había sido recibido con gran entusiasmo por la población lyonesa, volvía de un banquete ofrecido por el Concejo Municipal, y se dirigía en coche á un sarao de gala dado en el Teatro Municipal. El coche seguía la calle de la República, cuando frente al establecimiento del Credit Lyonnais, un joven con un papel en la mano se precipitó rompiendo las



la región del hígado. Inmediatamente fué transportado el señor Carnot á la prefectura, donde, á pesar de la gravedad de su situación, dió orden de dejar entrar á las personas que quisieran informarse de su estado.

El Arzobispo de Lyon, le administró los últimos sacramentos; y después de haber pronunciado estas palabras: «Cuándo se acabará esto! ¡Ay! ¡Ay! cuánto estoy sufriendo!», espiró la ilustre víctima á las doce y media de la noche.

El autor del atentado, que es italiano, tiene 20 años de edad, se llama Cesáreo Giovinni, y fué arrestado inmediatamente. No con poco trabajo pudo protegerle la policía contra el furor de la muchedumbre.



También publicamos en la página 255 el retrato del Presidente-mártir, como ya ha comenzado á denominarle la prensa.

Según las últimas noticias recibidas por cable, ha sido electo Presidente de la República francesa el señor Casimir Perier. Pronto daremos su retrato en *EL COJO ILUSTRADO*.

El asesino desnudo

Con los grabados de Romeu, se podría constituir toda una horripilante relación del crimen. El asesino, un desheredado de la suerte, merodeador ó algo así, hambriento, y receloso, que quiere burlar toda pesquisa, ponerse á cubierto hasta de las indiscreciones de una mancha, de un pedazo de tela arrancado violentamente por la víctima en las convulsiones de la agonía. Escala el muro, sacia el hambre como quien se prepara á más justificable hazaña, penetra luego al interior, hace un lío de las ropas, que se cuelga de la espalda, escoge la herramienta homicida, y armado de ésta y de una linterna llevada al acaso, se encamina á dar el golpe. Todo resulta

como el asesino lo ha previsto. Se irá, y la justicia tantas veces engañada lo será una vez más. Ni una gota de sangre, ni un rasguño denunciarán al delincuente. Pero hé aquí que al salir fuera la inocencia aterrizada podrá gritarle á voces: «tú eres, te he visto aparecer como un fantasma, luenga la barba y viejo el rostro como es antiguo el mal; tú eres el asesino, mírame, que aquí comienza la expiación.»

Vistas de Maracaibo

Las de dos puentes, el de los Haticos y el titulado Muñoz Tebar, engalanarán hoy nuestras páginas. Diremos algo de este último, por el honor merecido que refleja sobre el actual Presidente del Zulia.

Gente alta es la del Zulia. Tan alta que por ese mérito se impuso en el ánimo esforzado de Guzmán, haciéndole preferir una ocasión los medios conciliatorios y pacíficos á las medidas de extrema represión con los rebeldes. Las elecciones habían prendido una hoguera en la hermosa capital zuliana, dividiendo á sus hombres y sus círculos, dividiendo la ciudad en dos cuarteles, y la fiebre se remontó á tales perfolios que se buscó apoyar el voto en la boca de los fusiles. El peligro apareció inminente, no sólo para el Zulia sino para los Estados limítrofes, por el contagio que su actitud podía regar, y en estas condiciones fué delegado Muñoz Tebar, para zanjar á satisfacción de todos las diferencias y organizar convenientemente el Gobierno. Sus palabras, su influjo, la discreta manera de conducirse, desarmaron todos los brazos, reconciliaron en una misma mesa, en un banquete, á los fogosos contendores de la víspera, volvieron la tranquilidad al Estado, con la paz de sus hogares, y asegurado este primer bien á Maracaibo se vió al Delegado recorrer sus calles, inquirir las necesidades más premiosas, prometer parcamente y excederse en el cumplimiento de las promesas. A esa época de solicita Administración se debe el puente Muñoz Tebar, nombre que le pusieron los zulianos después de haber abandonado el Gobierno el excelente Magistrado.

«El Autógrafo»

SEMANARIO ARTÍSTICO DE PAOLO.—ENERO 31 DE 1886

A los treinta y dos años de edad, cuando se entra en la madurez del juicio, en la sazón de la vida, enriquecida con la experiencia, se perdió para siempre en las profundidades de la muerte el ingenio precursor de nuestro periodismo ilustrado.

Poeta, diarista, escritor secundísimo en prosa y verso, de lo cual son testimonio las varias obras que todavía recuerdan sus amigos sin que fuera posible publicarlas, los periódicos que editó, un libreto de poesías que dió al público, una piezecita cómica que se ha representado en diversas temporadas, Paolo unía á esas aptitudes la de una maravillosa concepción para el dibujo, que le hizo sobresalir, casi sin estudios, porque fué muy trabajada su existencia, toda ella combatida por adversidades y miserias.

En 1886 puso sus múltiples dotes al servicio de una empresa que debía grangearle simpatías y servir secundadamente al progreso de las letras y del arte; y comenzando por *El Autógrafo*, sucesivamente creó otros dos periódicos, cada uno de ellos con mayor aliento: *La Caricatura* y la *Ilustración Venezolana*.

Como un homenaje á la memoria del malogrado compatriota, muerto en Madrid cuando soñaba los adelantos á que tendía su inteligencia, reproducimos en esta edición una copia reducida, al cuarto de tamaño, de las cuatro páginas del número 1º de *El Autógrafo*.

Ensayos de cromofotograbado de «El Cojo»

ACUARELA DEL ARTISTA VENEZOLANO HERRERA TORO

Sin omitir gastos y exclusivamente guiados por el deseo de demostrar que pueden hacerse entre nosotros trabajos similares á los que en cromofotograbado nos vienen de Europa, los propietarios de *El Cojo ILUSTRADO* ofrecen en este número del periódico otra muestra de los ensayos que se verifican en sus talleres.

No duda la Empresa de que podrá llegar en ese género á la más exigente perfección: á ello le dan derecho estas primeras pruebas realizadas y el empeño incesante á que la obligan los juicios benévolos del público, y de la prensa tanto nacional como extranjera.

Música

Verdadero fragante ramillete de «Rosas y Margaritas», como lo titula el autor, es el que ofrecemos á nuestras bellas lectoras en el wals de Waldteufel, que ocupa cuatro páginas de nuestra sección musical.



filas de la escolta. Creyendo la policía que era una petición lo que deseaba entregar al Presidente, lo dejó acercarse al coche, mientras que el Prefecto del Ródano, que acompañaba al señor Carnot, se inclinaba hacia el cochero, para darle orden de detenerse. En aquel momento sacó el asesino un cuchillo que iba envuelto en el papel que llevaba en la mano; saltó al estrado y hirió al Presidente en el lado derecho, en

SADI CARNOT

Cualquiera que sea el desenlace del drama que hoy nos presenta la Francia, entre las naciones europeas que llevan en sus entrañas el monstruo de la anarquía, tal desenlace lo aproxima la muerte del Presidente de la República Francesa, hecho que determina el principio de un período de mayor actividad en la terrible lucha que presencian asombrados todos los pueblos de la tierra.

Joven todavía, en la plenitud de sus poderosas facultades, en la cumbre del prestigio, honrado por el aprecio del mundo civilizado, Carnot muere en el instante más propicio para su histórico renombre.

El puñal del asesino ha consagrado una gloria más para la Francia y para la causa de la justicia. Lo que la anarquía cree una victoria tal vez sea la señal de su extinción: el puñal ha herido á Francia en sus glorias, en su orgullo nacional.

PRESIDENCIA DE FRANCIA

No enjugadas las lágrimas que la violenta muerte de Carnot le ha producido, aún turbada por la magnitud del desastre, la Francia republicana ha encontrado en su patriotismo viril, la serenidad indispensable á los buenos consejos de un constitucionalismo celoso, que ofreció su primera manifestación admirable cuando la elección del gran ciudadano que ahora lloran europeos y americanos.

Casimir Perier, el conspicuo miembro del Gabinete que en los últimos meses ha llamado sobre sí la atención de estadistas y políticos, el representante más genuino de las ideas gubernamentales de Francia, ha sido designado para la Presidencia de la República á los cuatro días de vacar ese puesto por el asesinato de su antecesor. Singularmente significativo es ese hecho. Prevista estaba para fines de la semana la reunión de las Cámaras; ocupada interina y legalmente la primera Magistratura, aceptada casi la presunción de lucha en el Congreso entre diversas candidaturas, y la primera notación que dá la representación nacional es proveer á que la alternabilidad en el Poder sea el principio máximo, acatado, de la institución de la República. Mientras la Francia cuenta con una representación de ese género, la República no será un mito bamboleante, sino la expresión de aspiraciones generosas á hacer práctico, efectivo el lema de la Revolución generadora de saludables adelantos ciudadanos.

Haciendo, como han hecho los franceses, un paréntesis al duelo que la muerte de Carnot ocasiona, nos descubrimos respetuosos ante el nuevo Magistrado de Francia, y admiramos el acto de su reposada elección.

Cochabamba, Setiembre 24 de 1893.
Señores Scott y Bowne.—New York.

Muy Señores míos: Soy muy poco aficionado á preparaciones magistrales extranjeras por las excesivas ponderaciones de que ordinariamente son objeto; pero después de haber ensayado la "Emulsión de Scott" desde hace mucho tiempo, creo de mi deber manifestar á Uds. que hoy la considero como un medicamento muy eficaz y que merece el favor del público. No sólo á las afeciones tuberculosas, en que tan ventajosamente reemplaza al aceite de bacalao, debe limitarse su esfera de acción, pues sus buenos resultados no se harán esperar en todas las enfermedades relacionadas con un empobrecimiento de la sangre y falta de asimilación.

De Uds. Atto. S. S.

DOCTOR JESÚS BLANCO.

Ex-Médico de Hospital de Viéndma y Profesor de Anatomía de la Universidad de San Simón.

LA BOLOGNESE

G. ROVERSI & Ca. — VALENCIA

Nº 92—CALLE DE LA CONSTITUCIÓN — MEDIA CUADRA AL NORTE DE LA PLAZA BOLÍVAR — TELEFONO N° 170

IMPORTACION DIRECTA — VENTAS POR MAYOR Y DETAL

COMPLETO Y ELEGANTE SURTIDO DE MARMOLES,

Lápidas, Letras, Estatuas, Túmulos, Adornos para salas, Mosáico á la Veneciana, Baldozas de varios dibujos, Loza vidriada, Flores de Maiólica.

COLOCACION DE TUMULOS

Construcción de casas, de Panteones, Bóvedas, Barandas y rodapiés.

PIEDRA AZUL DEL MORRO

Gruesa para fábricas y empedrados; y picada para macadan y jardines.

TRABAJOS EN CIMENTO

Tubos para Acueductos y Puentes, Baldozas, Columnas, Adornos, Albañales, Tinas para baños, etc., etc.



Estatuas para adornos de salas y jardines, en mármol, yeso, alabastro y piedra.



Monumentos y Túmulos de todo tamaño y precio.

LA BOLOGNESE

Conservas alimenticias, Aceite de comer, Salchichones, Fideos de todas clases, Arroz italiano, Champagne italiano y Moscato espumante de Asti, Vinos, Licores dulces, Vermouth Torino en cajas y en pipas, Seltz y Limonada en sifón y $\frac{1}{2}$ sifón, botella y $\frac{1}{2}$ botellitas de billius y botellas comunes

NOVEDAD

Camas y Muebles de hierro, con barniz á fuego, imitación madera
Paraguas de Génova, Colchios.

EDICION INTERNACIONAL
Del RETRATO de S. S. LEON XIII
Por CHARTRAN
Este celebre retrato, es
EL ÚNICO AUTÉNTICO
El único para el cual S. S. ha servido de modelo.
El Papa viene representado SENTADO, con su
vestido de recepción.
ENCANTADO DEL PARECIDO, LEON XIII HA
EXPRIMIDO AL ARTISTA SU DESEO DE QUE ESTE CUADRO SEA
REPRODUCIDO Y REPARTIDO EN EL MUNDO ENTERO
y ha compuesto dos versos latinos que van reproducidos autógrafos, sobre todas las reproducciones:
Grabado con ácido — Cromograbado — Grabado en dulce
Cromolitografía — Fotocromía — Fototipia — Cromolípografía — Imágenes de color.

EPILEPSIA
HISTÉRICO
CONVULSIONES
ENFERMEDADES
NERVIOSAS

DEPÓSITOS EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS



¡Curacion frecuente!
¡Alivio siempre!
 CON EL USO DE LA
SOLUCION ANTI-NERVIOSA
 DE
Laroyenne
 VENTA POR MAYOR
 PARIS, 7, Boulevard Denain, 7, PARIS
 FARMACIA DUREL

PERFUMERIA ORIZA
 L. LEGRAND
 II. Place de la Madelaine, II
 PARIS

ULTIMAS CREACIONES
 Productos
DATURA INDIEN

Esencia DATURA INDIEN
 Polvo de Arroz. DATURA INDIEN
 Jabon DATURA INDIEN
 Agua de Tocador DATURA INDIEN
 Aceite DATURA INDIEN

Sachets Oriza Solidificados
 ELEGANTES TABLILLAS
 16 OLORES EXQUISITOS.

EN TODAS LAS PRINCIPALES CASAS DE LA SUR-AMERICA.

Aceite de Hígado de Bacalao
 DEL
DOCTOR DUCOUX

Iodo - Ferruginoso,
 al Quinquina y Cáscara de Naranja amarga

Los Médicos no vacilan en dar la preferencia, cuando se trata de curar las
ENFERMEDADES DE PECHO
LAS ESCRÓFULAS, EL LINFATISMO
LA ANEMIA, LA CLOROSIS, etc.,
 al ACEITE de HÍGADO de BACALAO del Dr. DUCOUX,
 Iodo-Ferruginoso, al Quinquina y Cáscara de Naranja amarga, porque no tiene ésta preparación ningún sabor desagradable y porque su composición la hace sumamente **tónica y fortificante**.

Depósito General : 7, Boulevard Denain, en PARIS
 Se halla en todas las principales Farmacias y Droguerías del Universo.
 Desconfíese de las **FALSIFICACIONES** e **IMITACIONES**



VERDADERAS PÍLDORAS del D^r BLAUD

Están empleadas con el mayor éxito desde mas de 50 años por la mayor parte de los Médicos Franceses y extranjeros para curar la **ANEMIA, CLOROSIS (colores palidos)**, y facilitar el **Desarrollo de las jóvenes**.

El hecho de estar estas Píldoras insertadas en el nuevo **Codex Francés**, y su eficacia reconocida por el **Consejo de Higiene del Brasil, y su venta autorizada**, nos dispensa de todo elogio.

Exijase al nombre del Inventor gravado sobre cada Píldora como mas abajo.

DESCONFIÉSE DE LAS IMITACIONES

NOTA. — Las Verdaderas Píldoras del D^r Blaud no se venden nada mas que en frascos y medias frascos. De 200 y 100 Píldoras, pero nunca al por menor.

PARIS, 8, RUE PAYENNE. — DEPÓSITOS EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS



El señor José Antonio Pérez Calvo, es desde esta fecha nuestro Agente especial para todo lo relativo á la Sección de Anuncios DE CARACAS en «EL COJO ILUSTRADO.»

Su dirección: Camejo á Colón, número 7.



INJECTION
GADET
CURA
CIERTO Y INFALIBLE
EN TRES DIAS
Ph. B. Denain 7
PARIS

DEPÓSITOS EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

MEDALLAS DE ORO
 en las Exposiciones Universales de
 Paris 1878-1889

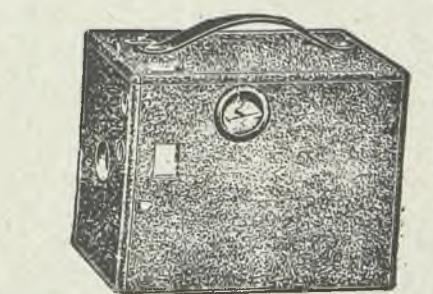
Burdeos, DIPLOMA DE HONOR en la Exposición de 1882

PRUNES D'ENTE
 Ciruelas Ingertas



J. FAU
 Burdeos (Francia)

Se desea pasarlo bien sirva comer cada dia
 Ciruelas deliciosas J. FAU



CAMARA BOLIVAR
 DE VENTA EN EL COJO

Cualquiera puede aprender á tomar buenos retratos en quince minutos con esta Cámara.

ROSE ET MARGUERITES

INTRODUCTION

Alegro scherzando

par Emile WALDTEUFEL

INTRODUCTION

Alegro scherzando

ROSE ET MARGUERITES

par Emile WALDTEUFEL

1. *f*

2. *p*

3. *ff*

4. *p*

5. *ff*

6. *p*

7. *ff*

8. *p*

9. *f*

10. *p*

11. *p*

12. *ff*

13. *p*

14. *ff*

15. *p*

16. *ff*

17. *p*

18. *f*

19. *p*

20. *ff*

21. *p*

22. *ff*

23. *p*

24. *ff*

25. *p*

26. *ff*

27. *p*

28. *ff*

29. *p*

30. *ff*

31. *p*

32. *ff*

33. *p*

34. *ff*

35. *p*

36. *ff*

37. *p*

38. *ff*

39. *p*

40. *ff*

41. *p*

42. *ff*

43. *p*

44. *ff*

45. *p*

46. *ff*

47. *p*

48. *ff*

49. *p*

50. *ff*

51. *p*

52. *ff*

53. *p*

54. *ff*

55. *p*

56. *ff*

57. *p*

58. *ff*

59. *p*

60. *ff*

61. *p*

62. *ff*

63. *p*

64. *ff*

65. *p*

66. *ff*

67. *p*

68. *ff*

69. *p*

70. *ff*

71. *p*

72. *ff*

73. *p*

74. *ff*

75. *p*

76. *ff*

77. *p*

78. *ff*

79. *p*

80. *ff*

81. *p*

82. *ff*

83. *p*

84. *ff*

85. *p*

86. *ff*

87. *p*

88. *ff*

89. *p*

90. *ff*

91. *p*

92. *ff*

93. *p*

94. *ff*

95. *p*

96. *ff*

97. *p*

98. *ff*

99. *p*

100. *ff*

101. *p*

102. *ff*

103. *p*

104. *ff*

105. *p*

106. *ff*

107. *p*

108. *ff*

109. *p*

110. *ff*

111. *p*

112. *ff*

113. *p*

114. *ff*

115. *p*

116. *ff*

117. *p*

118. *ff*

119. *p*

120. *ff*

121. *p*

122. *ff*

123. *p*

124. *ff*

125. *p*

126. *ff*

127. *p*

128. *ff*

129. *p*

130. *ff*

131. *p*

132. *ff*

133. *p*

134. *ff*

135. *p*

136. *ff*

137. *p*

138. *ff*

139. *p*

140. *ff*

141. *p*

142. *ff*

143. *p*

144. *ff*

145. *p*

146. *ff*

147. *p*

148. *ff*

149. *p*

150. *ff*

151. *p*

152. *ff*

153. *p*

154. *ff*

155. *p*

156. *ff*

157. *p*

158. *ff*

159. *p*

160. *ff*

161. *p*

162. *ff*

163. *p*

164. *ff*

165. *p*

166. *ff*

167. *p*

168. *ff*

169. *p*

170. *ff*

171. *p*

172. *ff*

173. *p*

174. *ff*

175. *p*

176. *ff*

177. *p*

178. *ff*

179. *p*

180. *ff*

181. *p*

182. *ff*

183. *p*

184. *ff*

185. *p*

186. *ff*

187. *p*

188. *ff*

189. *p*

190. *ff*

191. *p*

192. *ff*

193. *p*

194. *ff*

195. *p*

196. *ff*

197. *p*

198. *ff*

199. *p*

200. *ff*

201. *p*

202. *ff*

203. *p*

204. *ff*

205. *p*

206. *ff*

207. *p*

208. *ff*

209. *p*

210. *ff*

211. *p*

212. *ff*

213. *p*

214. *ff*

215. *p*

216. *ff*

217. *p*

218. *ff*

219. *p*

220. *ff*

221. *p*

222. *ff*

223. *p*

224. *ff*

225. *p*

226. *ff*

227. *p*

228. *ff*

229. *p*

230. *ff*

231. *p*

232. *ff*

233. *p*

234. *ff*

235. *p*

236. *ff*

237. *p*

238. *ff*

239. *p*

240. *ff*

241. *p*

242. *ff*

243. *p*

244. *ff*

245. *p*

246. *ff*

247. *p*

248. *ff*

249. *p*

250. *ff*

251. *p*

252. *ff*

253. *p*

254. *ff*

255. *p*

256. *ff*

257. *p*

258. *ff*

259. *p*

260. *ff*

261. *p*

262. *ff*

263. *p*

264. *ff*

265. *p*

266. *ff*

267. *p*

268. *ff*

269. *p*

270. *ff*

271. *p*

272. *ff*

273. *p*

274. *ff*

275. *p*

276. *ff*

277. *p*

278. *ff*

279. *p*

280. *ff*

281. *p*

282. *ff*

283. *p*

284. *ff*

285. *p*

286. *ff*

287. *p*

288. *ff*

289. *p*

290. *ff*

291. *p*

292. *ff*

293. *p*

294. *ff*

295. *p*

296. *ff*

297. *p*

298. *ff*

299. *p*

300. *ff*

301. *p*

302. *ff*

303. *p*

304. *ff*

305. *p*

306. *ff*

307. *p*

308. *ff*

309. *p*

310. *ff*

311. *p*

312. *ff*

313. *p*

314. *ff*

315. *p*

316. *ff*

317. *p*

318. *ff*

319. *p*

320. *ff*

321. *p*

322. *ff*

323. *p*

324. *ff*

325. *p*

326. *ff*

327. *p*

328. *ff*

329. *p*

330. *ff*

331. *p*

332. *ff*

333. *p*

334. *ff*

335. *p*

336. *ff*

337. *p*

338. *ff*

339. *p*

340. *ff*

341. *p*

342. *ff*

343. *p*

344. *ff*

345. *p*

346. *ff*

347. *p*

348. *ff*

349. *p*

350. *ff*

351. *p*

352. *ff*

353. *p*

354. *ff*

355. *p*

356. *ff*

357. *p*

358. *ff*

359. *p*

360. *ff*

361. *p*

362. *ff*

363. *p*

364. *ff*

365. *p*

366. *ff*

367. *p*

368. *ff*

369. *p*

370. *ff*

371. *p*

372. *ff*

373. *p*

374. *ff*

375. *p*

376. *ff*

377. *p*

378. *ff*

379. *p*

380. *ff*

381. *p*

382. *ff*

383. *p*

384. *ff*

385. *p*

386. *ff*

387. *p*

388. *ff*

389. *p*

390. *ff*

391. *p*

392. *ff*

393. *p*

394. *ff*

395. *p*

396. *ff*

397. *p*

398. *ff*

399. *p*

400. *ff*

401. *p*

402. *ff*

403. *p*

404. *ff*

405. *p*

406. *ff*

407. *p*

408. *ff*

409. *p*

410. *ff*

411. *p*

412. *ff*

413. *p*

414. *ff*

415. *p*

416. *ff*

417. *p*

418. *ff*

419. *p*

420. *ff*

421. *p*

422. *ff*

423. *p*

424. *ff*

425. *p*

426. *ff*

427. *p*

428. *ff*

429. *p*

430. *ff*

431. *p*

432. *ff*

433. *p*

434. *ff*

435. *p*

436. *ff*

437. *p*

438. *ff*

439. *p*

440. *ff*

441. *p*

442. *ff*

443. *p*

444. *ff*

445. *p*

446. *ff*

447. *p*

448. *ff*

449. *p*

450. *ff*

451. *p*

452. *ff*

453. *p*

454. *ff*

455. *p*

456. *ff*

457. *p*

458. *ff*

459. *p*

460. *ff*

461. *p*

462. *ff*

463. *p*

464. *ff*

465. *p*

466. *ff*

467. *p*

468. *ff*

469. *p*

470. *ff*

471. *p*

472. *ff*

473. *p*

474. *ff*

475. *p*

476. *ff*

477. *p*

478. *ff*

479. *p*

480. *ff*

481. *p*

482. *ff*

483. *p*

484. *ff*

485. *p*

486. *ff*

487. *p*

488. *ff*

489. *p*

490. *ff*

491. *p*

492. *ff*

493. *p*

494. *ff*

495. *p*

496. *ff*

497. *p*

498. *ff*

499. *p*

500. *ff*

501. *p*

502. *ff*

503. *p*

504. *ff*

505. *p*

506. *ff*

507. *p*

508. *ff*

509. *p*

510. *ff*

511. *p*

512. *ff*

513. *p*

514. *ff*

515. *p*

516. *ff*

517. *p*

518. *ff*

519. *p*

520. *ff*

521. *p*

522. *ff*

523. *p*

524. *ff*

525. *p*

526. *ff*

527. *p*

528. *ff*

529. *p*

530. *ff*

531. *p*

532. *ff*

533. *p*

534. *ff*

535. *p*

536. *ff*

537. *p*

538. *ff*

539. *p*

540. *ff*

541. *p*

542. *ff*

543. *p*

544. *ff*

545. *p*

546. *ff*

547. *p*

548. *ff*

549. *p*

550. *ff*

551. *p*

552. *ff*

553. *p*

554. *ff*

555. *p*

556. *ff*

557. *p*

558. *ff*

559. *p*

560. *ff*

561. *p*

562. *ff*

563. *p*

564. *ff*

565. *p*

566. *ff*

567. *p*

568. *ff*

569. *p*

570. *ff*

571. *p*

572. *ff*

573. *p*

574. *ff*

575. *p*

576. *ff*

577. *p*

578. *ff*

579. *p*

580. *ff*

581. *p*

582. *ff*

583. *p*

584. *ff*

585. *p*

586. *ff*

587. *p*

588. *ff*

589. *p*

590. *ff*

591. *p*

592. *ff*

593. *p*

594. *ff*

595. *p*

596. *ff*

597. *p*

598. *ff*

599. *p*

600. *ff*

601. *p*

602. *ff*

603. *p*

604. *ff*

605. *p*

606. *ff*

607. *p*

608. *ff*

609. *p*

610. *ff*

611. *p*

612. *ff*

613. *p*

614. *ff*

615. *p*

616. *ff*

617. *p*

618. *ff*

619. *p*

620. *ff*

621. *p*

622. *ff*

623. *p*

624. *ff*

625. *p*

626. *ff*

627. *p*

628. *ff*

629. *p*

630. *ff*

631. *p*

632. *ff*

633. *p*

634. *ff*

635. *p*

636. *ff*

637. *p*

638. *ff*

639. *p*

640. *ff*

641. *p*

642. *ff*

643. *p*

644. *ff*

645. *p*

646. *ff*

647. *p*

648. *ff*

649. *p*

650. *ff*

651. *p*

652. *ff*

653. *p*

654. *ff*

655. *p*

656. *ff*

657. *p*

658. *ff*

659. *p*

660. *ff*

661. *p*

662. *ff*

663. *p*

664. *ff*

665. *p*

666. *ff*

667. *p*

668. *ff*

669. *p*

670. *ff*

671. *p*

672. *ff*

673. *p*

674. *ff*

675. *p*

676. *ff*

677. *p*

678. *ff*

679. *p*

680. *ff*

681. *p*

682. *ff*

683. *p*

684. *ff*

685. *p*

686. *ff*

687. *p*

688. *ff*

689. *p*

690. *ff*

691. *p*

692. *ff*

693. *p*

694. *ff*

695. *p*

696. *ff*

697. *p*

698. *ff*

699. *p*

700. *ff*

1^o 2^o *Grandioso*

Dolce e espressivo

leggiero

M^o 3

Sostenuto

Animato

M^o 4 *Merrf*

Espresso

Cresc.

12

Dim.

13

14

Coda

Cresc.

Al tempo

Rit.

Graz.

Cresc.

Ritard.

F *Rit.*

P

Espressivo

15

16

17

18

19

20

21

22

23

Stringendo.

Crescendo.

ff

1^o 11 2^o 2^o Sostenuto

f Rit. p. a Tempor.

ppp

f ff

Detailed description: The image shows a page of musical notation for a piano, consisting of six staves. The notation is in common time. The top staff shows a dynamic of 'Stringendo.' followed by 'Crescendo.' The second staff has a dynamic of 'ff'. The third staff features a melodic line with a dynamic of 'p' and markings '1^o', '11', '2^o', and '2^o Sostenuto'. The fourth staff includes a dynamic of 'f Rit. p. a Tempor.'. The fifth staff shows a dynamic of 'ppp'. The bottom staff concludes with dynamics of 'f' and 'ff'.